

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. Balmes. CISNEROS. CALAN

ÉPOCA 3.^a — AÑO IX. — TOMO VII.

NÚMERO 6. — Madrid 25 de Febrero de 1884.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

HEMEROTECA MUNICIPAL
MADRID



CONTROVERSIA DE TEÓLOGOS SOBRE EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

(Cuadro de Andrea del Sarto.)

SUMARIO

TEXTO.—Revista, por Nulema.—Crónica, por D. D. Isern.—Mis veinte duros, por Blas.—Los Grabados.—El B. Pedro de Castellan, monje cisterciense, por D. Fray Ildelfonso Guepin.—Recuerdos, poesía, por A. del Valle y Serrano.—Una visita a la Cartuja de Miraflores, poesía por E. Oliveros-Copons.—El meridiano inicial y la hora universal, por F. Alexis M. G.—Los Montgolfier (conclusión).—Bibliografía.—La Rama de coral, novela histórica de Enrique de Cauvain (continuación).—Revista de conocimientos útiles.

GRABADOS.—Controversia de teólogos sobre el misterio de la Santísima Trinidad, cuadro de Andrea del Sarto.—Monumento a Isabel la Católica, erigido en el paseo de la Castellana de Madrid.—El Buen Samaritano, cuadro de L. Möfer.

REVISTA



En Madrid no hay estos días más que un asunto, una preocupación, un punto de vista: el baile de trajes de los duques de Fernán-Núñez.

En los momentos en que escribimos estas líneas, cien sastres y doscientas modistas se afanarán por dar cumplimiento a los encargos de trajes para la fiesta, y por el camino de París a Madrid vendrán preciosos equipajes para completar el atavío de los afortunados concurrentes a uno de los bailes más suntuosos de la temporada.

La seda, el terciopelo, las joyas más ricas y costosas se prodigarán como preces insignificantes, acumulándose en los salones del espléndido duque un capital que bastaría para sacar de la miseria a muchos miles de pobres y para dotar de instituciones benéficas a muchas poblaciones de España.

Se cuenta de una dama que piensa llevar encima todas las joyas que posee, cuyo importe no bajará de dos millones de reales; a proporción llevarán otras damas del gran mundo. ¡Calculen ustedes el dineral que se reunirá en casa de Fernán-Núñez en la noche del baile!

Nuestra aristocracia debe ser poderosa como ninguna; el oro rebosará de sus arcas; sus capitales irán en aumento; los pobres, los hospitales, los templos estarán colmados con sus dones y beneficios... ¿No es así?

Por desgracia es todo lo contrario. Nuestra aristocracia, salvo raras excepciones, está arruinada; el oro que gasta en estos festines lo saca de las arcas del Banco Hipotecario, por estar las suyas vacías; sus rentas disminuyen cada año devoradas por el despilfarro, los réditos y la usura, y de sus dones y beneficios pueden decir muy poco los pobres, menos los hospitales y apenas nada los templos del Señor.

En *La Correspondencia de España* se publican mensualmente los donativos para la construcción del templo de la Almudena, patrona de Madrid. En las listas figuran muchas, no todas, ni aun la mitad, de las damas de nuestra aristocracia. Casi todas dan 40 reales al mes; alguna, muy rara, llega a 100.

Si se les pregunta sobre este donativo, dirán:—Ya ve usted, no se puede más; ¡tiene una tantas atenciones! ¡se gasta tanto! ¡todo se vuelven soca-lías!

Es verdad, se gasta mucho; ¿pero en qué se gasta? Los teatros, los bailes, los trajes, los viajes veraniegos ¿cuánto cuestan? Duele el dar 24 duros al año para la construcción de un templo, y no duele, antes satisface y halaga, el gastar 12.000 rs. en el teatro, 20.000 en bailes, 12.000 en trajes, 20.000 en viajes, es decir, más de tres mil duros en cosas de ostentación y de lujo, de pasatiempo y de disipación.

Los antiguos señores, los nobles de los pasados tiempos gastaban sumas cuantiosas en levantar hospitales, construir templos, fundar patronatos, con lo cual immortalizaban su nombre en la historia de los bienhechores de los pueblos. Aun, entre las ruinas de nuestros grandes monumentos religiosos, coronados tal vez de yedra y de zarzas, se ven asomar los escudos nobiliarios de aquellos ilustres señores, que pusieron la mira en cosas grandes y en empresas saludables y benéficas, para corresponder a la grandeza de su nombre y al prestigio y honor de sus blasones.

¿En qué se parecen los hijos a los padres? ¿en qué los nuevos próceres a los antiguos? ¿Qué dejarán éstos a las generaciones venideras que acredite y perpetúe su grandeza?

Antes se creía que la nobleza obligaba a ser siempre y en todo noble y grande; hoy no se cree nada ó se cree lo contrario; que la grandeza obliga a ser pequeño y a desmentir con bajas acciones la noble altivez de los blasones nobiliarios.

Entretanto, el socialismo ruge a las puertas de los salones, inflamado de envidia y de venganza: los pobres que no ven ya escrito el nombre de los grandes sobre la cama del hospital, ni sobre el altar del templo, ni sobre la caja de sus limosnas; sumi-

dos en la miseria de la incredulidad al propio tiempo que en la miseria de la indigencia, miran con furor, con odio, con sentimientos de codicia y de despecho los grandes despilfarros de los ricos, mientras que la filosofía positivista, para halagar a las masas y ganarse prosélitos murmura a su oído:—«Todos somos iguales. La propiedad es un robo. Tú eres un desheredado; reclama tu cubierto en el festín de la vida. ¿No te oyen? Formula tu demanda a la luz del petróleo y al fragor de la dinamita.»

¡Oh ricos que tenéis hijos! pensad en la herencia que vais a dejarles; estáis fomentando el socialismo con vuestras locuras y abriéndolos un abismo con vuestras propias manos. El mundo no es un edén, sino un valle de lágrimas. Ya que la Providencia os ha dado una fortuna, administradla con diligencia y con justicia, que pasará la vida, como pasan las fiestas, y os presentaréis desnudos, sin alhajas y sin coronas a rendir cuentas de vuestros capitales, a quien no se doblega ante las vanidades humanas.

Cuanto más vestidos hoy, más desnudos mañana; el hoy es el tiempo que pasa; el mañana la eternidad que persevera.

Hoy es Carnaval; dentro de algunas horas, miércoles de Ceniza.

No sabemos cuántas, creemos que más de treinta representaciones ha alcanzado *La Pasionaria*, drama de D. Leopoldo Cano, comandante de Estado Mayor. El éxito en provincias ha sido tan ruidoso como en Madrid. El autor ha sido paseado en triunfo, y hasta el telégrafo ha cantado su gloria dramática.

Y sin embargo, *La Pasionaria* es un mal drama, aun literariamente considerado, un drama sin interés verdadero, sin mérito positivo, un drama como muchos que mueren en flor, bajo el certero de la indiferencia del público. ¿A qué debe su éxito?

Un crítico afamado y querido amigo nuestro, el Sr. Cañete, está exponiendo las causas de este éxito inverosímil en artículos dignos de su pluma. Hé aquí algunos párrafos con que termina el artículo primero:

«Verdad es, dice, que si ciertos dramas no propendiesen al fin aciago a que conspiran, casi pudiera asegurarse que algunos críticos no se fijarían en ellos ni les otorgarían el desahogado aplauso que les tributan. Verdad es también que esta consideración suele pesar mucho en el ánimo de los que se dedican a escribir para la escena, más atentos a conseguir triunfos clamorosos y productivos que a crear poemas capaces de satisfacer y deleitar a las personas cultas y de gusto delicado. Pero tal flaqueza, impropia de ingenios aptos para alcanzar justa y duradera fama por medios mejor adecuados a las condiciones y exigencias de la buena inspiración dramática, viene a corroborar lo que antes he dicho acerca de la responsabilidad de la crítica y de los males que origina cuando desconoce ó inmola en aras de objetos extraños al arte los que para ella debieran ser deberes imprescindibles.

«No creo yo que el distinguido autor de *La Pasionaria* pertenezca al número de los poetas que buscan a toda costa el aplauso por tan mal camino, y que, á trueque de obtenerlo, incurran en flaqueza tan censurable. Pero aun conociéndolo, y estando por lo tanto seguro de que no ha tenido esa mira, sospecho que tal vez no se habrían desatado en elogio de su obra ciertos diarios, ni habrían mostrado tan vivo empeño en realizarla y sostenerla, si no la informase el espíritu volteriano y antisocial que *La Pasionaria* respira y que le sirve de fundamento.

«Esto, amén de otras causas ya expuestas y del estragado paladar del público (á quien la propaganda demoledora de nuestros días ha procurado extraviar, comenzando por divertirlo con bufonadas, para que de ese modo no reparase en el veneno que contenían y se fuese acostumbrando insensiblemente á ver sin escandalizarse y á tolerar el cotidiano vilipendio de cosas santas ó augustas), descifra, en mi humilde opinión, el enigma de que una obra de pensamiento mal sano, de fábula mal urdida, de situaciones inverosímiles, de caracteres eminentemente falsos, de pasiones sin realidad humana, donde el ropaje poético, el estilo, la versificación y el lenguaje no sobresalen por su corrección ni por su buen gusto, haya producido tal clamoreo y tan entusiastas demostraciones.»

Así está el teatro. ¿A quién puede extrañar que dramáticos como Tamayo vivan retraídos y oscuros en el rincón de sus casas?

El teatro español, gloria de nuestra patria, ha muerto á manos de

Esos inmundos trágicos, atentos
Al aplauso común, cuyas entrañas
Son infectos y oscuros monumentos.

Decimos de los poetas lo que de los nobles: ellos mismos se están abriendo el abismo de su ruina. En vez de mover al público con los grandes resortes de lo bello, de lo bueno y de lo verdadero para levantarle a regiones de luz y de vida, lo empujan á pescoszones al lodazal de la corrupción artística, para que llegue día, si no ha llegado ya, en que la pantomima obscena y las bufonadas soeces reemplacen en la escena á la musa dramática, muerta á puñaladas y enterrada en basura.

Al mismo tiempo que *La Pasionaria* ha hecho

furor en Madrid—según frase corriente—el *Excelsior*, baile pantomímico, lleno de brutales bufonadas y de obscenidades escandalosas.

La lógica es un verdugo sin entrañas; ¿quién puede sustraerse al rigor inflexible de sus conclusiones?

El Carnaval histórico se nos ofrece este año descolorido y desanimado: las antiguas máscaras van cayendo en desuso desde que la mentira, vestida con cien trajes diversos, se enseorea de la sociedad, cubriéndola con el antifaz de sus vicios y de sus errores.

¿Qué más Carnaval? ¿No es mal bromazo el que nos está dando el progreso moderno, salvaje disfrazado con el traje de civilización, que amenaza convertir á la Europa cristiana con el manto de ruinas y de arenas del Asia y del África!

El Carnaval inocente, los estrafalarios disfraces de antaño no tienen ya interés: las bromas, pesadas ó no dadas, y la que nos está dando el progreso revolucionario es más abrumadora que una montaña de hierro; pesa sobre la sociedad como una losa sepulcral, debajo de la que se ocultan los restos de nuestra antigua grandeza y de nuestras glorias cristianas.

Lo que el antiguo Carnaval tenía de inocente, de infantil, de tolerable, va desapareciendo; pero en cambio los bailes públicos de máscaras, causa de tantos desórdenes, van en aumento, y este año como en los anteriores se anuncian, con escándalo de la moral, adoptando diferentes nombres, pero siendo el mismo cáncer con los mismos síntomas y terribles estragos.

El Estado moderno es profundamente materialista; vela más ó menos por la higiene física de los pueblos, impidiendo los focos de infección que pueden viciar el aire y alterar la salud pública; los establos mal dispuestos, las fábricas de materias pestilentes, los cementerios en las poblaciones, los alimentos malsanos, todo, en fin, lo que puede dañar directamente al cuerpo de los ciudadanos; pero en cambio la higiene moral, la higiene de las almas queda completamente descuidada, y deja que se corrompa la juventud en malas escuelas, que se envenenen las costumbres en los teatros y bailes escandalosos, que la virtud sea escarnecida, y el vicio y el error se enseñoreen de los hombres.

Los bailes públicos de máscaras, que empiezan de doce a dos de la mañana y se prolongan hasta la salida del sol, representan un género de desórdenes tan funesto, que la autoridad debiera impedirlos á todo trance. De ahí sale multitud de matrimonios disueltos, de mujeres perdidas, de hombres encanallados, de jóvenes parricidas y disolutos, y de generaciones tal vez enfermizas y desgraciadas.

Convenzo en que el mal no se puede curar por completo, porque los bailes públicos serían reemplazados por los clandestinos, no menos graves; pero á lo menos no se vería afrentada la moral con el reclamo público, y la autoridad social no sería cómplice de tales escándalos.

La corrupción de costumbres va en aumento; ¿dónde nos llevará este progreso, parecido al del cáncer que devora á sus víctimas?

¿No podrá llegar día en que la sociedad cristiana, como la antigua sociedad pagana, reclame el bisturí de los pueblos bárbaros?

Se preparan muchos conciertos de música para la Cuaresma.

Es preciso que no se interrumpa el hilo de oro de nuestras diversiones.

—¿Por qué hay tantos conciertos en la Cuaresma?—preguntaba un curioso á cierto *gomo* de la *high life* madrileña. Y contestó éste con sorna: Para demostrar, sin duda, lo que es para nosotros la Cuaresma: *música celestial*.

NULEMA.

CRÓNICA



EL Vaticano ha salido un nuevo rayo de luz, que por prodigiosa manera ha disipado las sombras y tinieblas que en estos últimos tiempos se habían acumulado sobre Francia.

León XIII ha hablado, y su voz suave y penetrante como el silbido del buen Pastor, repetida por los Obispos, por los sacerdotes, por la prensa católica de Francia, á cuyo episcopado iba dirigida, ha sido escuchada con filial sumisión por los fieles y con manifiesto respeto por los adversarios de la Iglesia.

No hay nada tan terrible en estos tiempos como la confusión. Así como en los primitivos tiempos castigó Dios la soberbia de los hombres introduciendo entre ellos la confusión de lenguas, así en estos tiempos, en castigo de graves faltas, ha condenado el Señor los pueblos a una confusión muy parecida a aquella. Del universal diluvio sólo se libró Noé en el arca; de la universal confusión de estos tiempos sólo pueden librarse los que, embarcados en la barca de Pedro, se dejan guiar por el encargado por Jesucristo de llevar el timón.

Así lo han comprendido los católicos de Francia en esta solemne ocasión, y de aquí que hayan procurado agruparse al rededor de los que el Espíritu Santo colocó al frente de las diócesis para regir á los fieles. Unidos pastores y fieles, marchan hacia el norte que les señala la Encíclica de León XIII.

Sea lícito hacer constar aquí que en la vecina nación no se han dado espectáculos como los que presencié la grey cristiana en España cuando la publicación de la Encíclica *Cum multa sint*. Toda la prensa católica de Francia, como movida por un solo resorte, se ha apresurado á hacer idénticas declaraciones ante el documento pontificio.

No es fácil dar de éste sucinta idea en el espacio de que disponemos. León XIII, que posee como nadie los tesoros de la filosofía cristiana, y que sabe distribuirlos de prodigiosa manera en sus obras pastorales, ha trazado á los católicos franceses el programa entero de su conducta en las actuales circunstancias, al mismo tiempo que les ha recordado los principios y las doctrinas que son como la base de toda nación verdaderamente cristiana.

El Papa, como jefe supremo del ejército más formidable por su fe, por su moral, por su disciplina y también por su número, tiene en cuenta no sólo las necesidades de cada pueblo, sino las de la cristiandad entera, al trazar las líneas generales de la acción católica en el mundo. Aun prescindiendo, que no puede ni debe prescindirse, de las luces de lo alto, ¿quién está mejor colocado que él para conocer las necesidades no sólo de cada Estado, sino de la Iglesia universal?

Sirvan las enseñanzas y los consejos y advertencias del Romano Pontífice, para que el Gobierno de la vecina República y todos los Gobiernos comprendan la necesidad en que están de respetar la libertad y los derechos de la Iglesia y de protegerla y ampararla en su constante lucha con las sectas, y sirvan también para que los católicos de Francia y todos los católicos entiendan el estrecho deber en que están de seguir las grandes líneas de conducta que les traza el Padre Santo para reconquistar el terreno perdido y hacer algo de provecho por la restauración del imperio social de Jesucristo.

Sólo de esta manera pueden librarse las sociedades modernas de perderse en el abismo que ha abierto á sus plantas el espíritu secularizador, empeñado hace un siglo en divorciar los dos grandes factores de la humana sociedad, la Iglesia y el Estado.

La inicua sentencia dada por el Tribunal de Casación de Roma sujetando á la conversión decretada contra los bienes de las comunidades religiosas de Italia, el patrimonio del Instituto internacional de la *Propaganda Fide*, ha arrancado protestas de indignación en los pechos de todas las personas honradas de Europa, aun de muchas que ciertamente no pueden ser consideradas como católicas.

Claro está que la prensa católica ha levantado la voz en todas partes con indomable energía contra este nuevo atentado de los usurpadores de Roma. No podía ni debía esperarse otra cosa. Lo que no podía esperarse es que en un continente tan corrompido como Europa, no encontrara la sentencia indicada un solo defensor entre la prensa de alguna seriedad que no es adicta á la Iglesia.

Ni la *Kölnische Zeitung*, órgano de los liberales-nacionales de las orillas del Rin, ni *Le Temps* de París, republicano y protestante si los hay, ni el *Times* de Londres, liberal y protestante, ni el *Freundblatt* de Viena, órgano liberal-conservador, ni la *Post* de Berlín, diario dispuesto siempre á aplaudir los actos del Gobierno del Quirinal, se han atrevido á defender la sentencia del Tribunal de Casación de Roma.

En cambio, además de la prensa católica la han combatido la *Kreuzzeitung*, órgano oficioso de la corte de Berlín, el *Dresdner Journal*, órgano oficioso del Gobierno de Sajonia, varios periódicos republicanos de París, el *Nord* de Bruselas, órgano de la Cancillería rusa, y los órganos oficiosos del Gobierno de Austria y aun del de Hungría.

Cuando una de las primeras sentencias de los tribunales de Italia contra los bienes de la *Propaganda Fide*, el emperador de Austria y el rey de

Portugal se apresuraron á protestar contra la indicada sentencia. También parece que entonces hizo algo en favor de la justicia el actual rey de España.

¿Se repetirán ahora estas protestas? ¿Dejarán las potencias que se llaman católicas que se realice la conversión y que quede de este modo sujeta la *Propaganda Fide* á las altas y bajas de los valores de la Deuda pública del titulado reino de Italia?

Sería de lamentar que sucediera así. A evitar este grave mal se dirige una nota que la Secretaría de Estado del Papa ha dirigido á los Nuncios para que la comuniquen á los Gobiernos cerca de los cuales están acreditados, y de la cual se ha dado también comunicación al Sr. Schloezer, ministro plenipotenciario de Prusia cerca la Santa Sede.

En la política exterior no han ocurrido sucesos de verdadera trascendencia durante la última decena.

Los progresos del socialismo en Austria, han obligado al Gobierno que preside el Sr. Conde de Taaffe á presentar á las Cámaras un proyecto de ley de represión de la propaganda revolucionaria, que ha sido aprobado por considerable número de votos. El Sr. Conde de Taaffe ha declarado que este proyecto de ley no basta por sí sólo para evitar los males de dicha propaganda, y que debe ir acompañado y seguido de una serie de medidas del orden moral y económico, que destruyan el mal en su misma raíz.

Producto de la propaganda revolucionaria ha sido sin duda el conato de regicidio que ha tenido lugar en Italia contra Humberto de Saboya, y el complot tramado en Austria y descubierto por la policía de Viena, y cuyo objeto era, al parecer, porque la cosa no está todavía clara, atentar contra la vida del anciano emperador Guillermo de Prusia.

En Francia el espíritu revolucionario se manifiesta en huelgas y atentados que hasta ahora revisten carácter local, pero que podrán convertirse en generales desde el momento en que un conflicto cualquiera logre poner en combustión los materiales acumulados en estos últimos años, con la complicidad de los poderes constituidos.

Desde sus Gabinetes respectivos han podido contemplar y han contemplado cruzados de brazos los Gobiernos de Europa, cómo reunidos en Zurich, emisarios anarquistas de los diversos Estados, han concertado los medios de acabar con el orden social existente. Por fortuna la división ha estallado en el seno de la asamblea, y los anarquistas violentos no han podido hacer adoptar algunas de sus más atrevidas proposiciones.

Un detalle: el único Gobierno que ha enviado agentes de policía á Zurich, ha sido el de Alemania. El mismo día que estos agentes llegaban á la ciudad suiza, publicaba la noticia de su llegada un diario socialista de París.

Esto debe enseñar á Bismarck que es más fácil vencer á Francia en los campos de batalla, que aplastar la cabeza al monstruo de las revoluciones modernas.

Contra lo que se había anunciado, el general Gordón, enviado por el Gabinete de Londres al Sudán para estudiar la forma de abandonar esta extensa región al Mahdi, ha llegado sano y salvo á Karthoum, sin haber tenido ningún tropiezo en su largo y peligroso viaje.

Hasta ahora se sabe muy poco de sus planes, que deberán ser prodigiosos, según lo que de ellos dice la prensa inglesa.

Sin alardes de ningún género, sin corresponsales asalariados que refieran por telégrafo sus proezas, el Mahdi hace poco á poco su camino. Ultimamente se ha apoderado de dos plazas fuertes del Sudán y ha acuchillado á la guarnición. Con el armamento, municiones y equipo que ha encontrado en estas plazas ha vestido, armado y municionado una parte considerable de sus fuerzas.

Mientras prepara ulteriores empresas, ha enviado al Egipto superior varias partidas sueltas que llevan el terror á los pechos cristianos y el aliento y el entusiasmo á los corazones de los mahometanos.

Si el general Gordón madura algún tiempo más sus planes, estos resultarán innecesarios. El Mahdi habrá alcanzado por fuerza lo que los ingleses parecen inclinados á darle de grado: el imperio del Sudán.

Se tienen nuevas é interesantes noticias, comunicadas á la prensa por la *Propaganda Fide*, acerca de los progresos del catolicismo en varias regiones separadas de la Iglesia.

En Inglaterra y en Escocia se construyeron durante el año último 56 iglesias y capillas, y el clero regular

se aumentó considerablemente con no pocos religiosos franceses de los que fueron expulsados de sus conventos por las leyes opresoras de M. Ferry.

Sólo en la diócesis de Werdminster existen actualmente 17 conventos de religiosos y 42 de religiosas.

En la diócesis de Southwark existen 12 de los primeros y 25 de los segundos. En esta diócesis se han establecido los cartujos franceses.

En Suecia, á la conversión de nueve estudiantes ocurrida hace algunos meses hay que añadir la de otros catorce, y la de un pastor protestante de una parroquia inmediata á la capital del reino. Las divisiones de los protestantes han permitido últimamente que se emprenda en Stokolmo la construcción de una nueva iglesia.

Como se ve, la buena semilla da en los indicados reinos frutos de bendición.

Quiera el cielo multiplicarlos.

D. ISERN.

MIS VEINTE DUROS



ESTÁ pasando el Carnaval, bullicioso como el patio de un manicomio; alegre como una taberna; divertido como las chocarrerías de un imbécil.

Pasarán los bailes de máscaras.

Pasará el *Entierro de la Sardina*, después de oír el *Memento, homo...* del Miércoles de Ceniza.

Todo pasa... menos los billetes del Banco de España falsificados.

También pasan los tenedores de buena fe de los billetes falsos... Pasan, como yo, la pena negra al ver plantearse ante sus ojos este problema monetario:

Yo tenía á las once de la mañana *cient pesetas* legítimamente adquiridas. A las once y cinco minutos, sin haber gastado un solo céntimo, sin haberseme perdido ese dinero, y lo que es más raro, sin que me haya sido sustraído por alguna de las diez mil manos de rateros que acechan constantemente el bolsillo del prójimo, me encuentro con que no tengo nada.

¿Dónde está esa cantidad? ¿Adónde se fué mi dinero?

No lo he gastado, puesto que lo tengo aquí, en mi mano, representado por este papel, elegantemente impreso y con viñetas intercaladas en el texto, que me garantiza la posesión de cuatrocientos reales.

Pero el cambiante de la calle de Atocha acaba de decirme, después de echar una mirada burlona al papel y otra mirada recelosa al portador del mismo, que el billete es falso.

Esto, con permiso del cambiante, necesita una aclaración. El billete podrá ser falso, con relación á los billetes legítimos; pero es legítimo y muy legítimo, con relación á los billetes falsificados.

O en otros términos: mi billete es un billete legítimo, sino que en vez de ser emitido por el primer establecimiento de crédito de la nación, lo ha sido por uno de los más acreditados falsificadores nacionales.

Pero, vamos á cuentas: ¿qué tengo yo que ver con que el Banco de España haya escogido para unidad nominal, representativa de una cantidad real metálica, un signo susceptible de ser con tanta frecuencia falsificado, y falsificado con tanta perfección, que las diferencias entre el falso y el legítimo escapan al examen de una vista poco ejercitada?

Aquí están mis *cient pesetas* apócrifas, encerradas entre el laberinto de rasgos, letras, cifras, firmas y dibujos de este papelito...

¡Pobres cien pesetas mías! ¿Por qué os habéis metido en tales dibujos? ¿No hubiera sido más conveniente que vinieseis á mi poder en forma de perros grandes y chicos?...

Ea, dejémonos de lamentaciones, que por legítimas que sean no han de dar una pizca de legitimidad á esta obra maestra de falsificación... Sin embargo, convengamos en que es *muy duro* esto de que mis veinte duros hayan dejado de serlo tan sólo por obra y gracia de un hábil falsificador.

Digo, tampoco voy acertado en esta reflexión mía, porque si el falsificador hubiera sido *más hábil*, habría logrado hacer este billete exactamente igual á los legítimos, y entonces no tendría derecho el cambiante para rechazármelo, alegando que le sobra una rayita microscópica en la orla, ó que le falta una pestaña al busto de Garcilaso.

Es decir, que si no pasa mi billete, cuando pasan tantas reputaciones falsificadas, tantas glorias ilegítimas y tantas eminencias de plata Meneses, no es precisamente porque sea falso, sino porque no es

todo lo falso que sería necesario para confundirle con los legítimos...

Pero, señor, ¿por qué se consiente que se metan á falsificadores los que no saben el oficio con toda perfección?

Porque (esto no tiene vuelta de hoja ni aun vuelta de billete de Banco) si los falsificadores supiesen su obligación y se sujetasen honradamente á copiar con exactitud matemática esos papelitos (para que no resultasen, como el mío, papeles mojados), en términos que se hiciese imposible distinguir el original de la copia, ¿qué sucedería?

En primer lugar, que no perdería yo mis cien pesetas...

Ya sé lo que van ustedes á decirme: que si tal cosa fuese posible, esas cien pesetas vendría á perderlas el Banco, en último término.

Es verdad, pero á mí eso me importaría lo mismo que le importa al Banco el que las pierda el tenedor de buena fe; es decir, que me importaría un pito, bien fuese ese pito legítimo ó falsificado.

Y me replicarán ustedes: el Banco no tiene la culpa de que haya hombres tan listos que falsifiquen los billetes, y hombres tan tontos que se dejen endosar los billetes falsificados.

No deja de tener fuerza la observación; pero me trae á la memoria otra observación de un tonto de mi pueblo.

Al cual tonto le propuso el alcalde (para divertir á la gente forastera en una corrida de novillos) que se le colocaría en medio de la plaza, provisto de un aparato de cuerdas, mediante el cual sería elevado á tres ó cuatro varas del suelo cuando le acometiese el novillo.

El tonto oía, con cara de pascua y sonrisa de beatitud, la explicación del mecanismo, tan sencillo como ingenioso, que le ponía á cubierto de todo peligro, porque, como decía el alcalde: «Tú estás aquí; viene el novillo; los otros tiran de la cuerda; tú subes, y el novillo pasa por debajo.»

Hízose repetir el tonto esta explicación hasta seis veces, y por último, dijo: «Tiene usted razón, señor alcalde; yo me estoy quieto, el novillo me acomete, los mozos tiran... todo esto es muy divertido; pero, ¿y si no tiran?»

Ahora bien, los tontos, aun considerados en absoluto, son tantos en el mundo, que de muy atrás viene aquello de *infinitus stultorum est numerus*; pero considerados con relación al caso de que se trata, esto es, en cuanto á distinguir un billete falsificado de otro legítimo, el número de los tontos podría elevarse, no ya al cubo algebraico, sino al mismísimo cubo de la Almudena.

Y este número (que si admitiese superlativo, podríamos llamar *infinitísimo*) de tontos, pudiera poner en calzas prietas al Banco de España, imitando el proceder del tonto de mi pueblo.

Por supuesto que el obrar así sería una verdadera tontería; pero no mucho mayor de la que ha resultado para mi bolsillo con la pérdida de la cantidad que representa el billete falsificado.

Voy á explicarme en mi calidad de tonto, y por consiguiente por partida simple.

Figurémonos que el Banco de España hace el papel del alcalde de mi pueblo; nos convoca á todos los tontos de la Península y nos dice, poco más ó menos:

«Soy el primer establecimiento de crédito de la nación, tontos míos.

«Cuento con un capital de muchos *cuentos*, ó sean millones de pesetas...

«Vengo á realizar grandes utilidades, de las que no participan los tontos.

«Emito billetes, que representan una cantidad muy superior al dinero contante que tengo en mis arcas.

«Esos billetes circulan como moneda corriente, facilitan las transacciones, permiten acumular gruesas sumas en reducido espacio, y ofrecen al comercio y al público en general tales ventajas, que sería ocioso enumerarlas, aun tratándose de tontos como vosotros.

«Así, pues, no tenéis que pensar en ensuciaros las manos contando dinero, ni en romper los bolsillos con el peso del vil metal.

«Ea, aceptad mi papel y dejadme á mí la responsabilidad y la molestia de manejar el numerario, tonticos de mis entrañas.»

Al escuchar este lenguaje, tan persuasivo como el del alcalde de marras, los tontos (es decir, nosotros) nos sonreímos é inclinamos la cabeza en señal de asentimiento, nos frotamos las manos de satisfacción y contestamos como un solo tonto:

«¿De modo que nosotros aceptamos el papel-moneda? Corriente.

«¿De forma que usted, Sr. de Banco, se incauta de nuestro metálico? Muy bien.

«¿De manera que nosotros tenemos la facilidad

de llevar en la cartera nuestros capitales y la seguridad de cambiar el papel por dinero acuñado cuando se nos antoje? Perfectamente.

«Pero díganos usted: ¿Y si se falsifican los billetes?... ¿y si no tiran?»

En estos ó parecidos términos podrían contestar los tontos, y en tal caso, sería muy probable que el Banco se quedase con sus billetes en el cuerpo.

Aun podría ocurrir algo peor que esto. Podría suceder que los tontos no diesen en la tontería de rechazar el papel-moneda por el recelo de que pueda ser falsificado. Y aquí voy á hacer una segunda emisión de suposiciones para aumentar mi capital de razonamientos, como el Banco ha aumentado, no há mucho, el capital social por medio de una nueva emisión de acciones.

Supongo que todos ó la mayor parte de los billetes de Banco están repartidos entre los susodichos tontos, y que la confianza de los poseedores de los billetes navega viento en popa por ese océano de papel.

Supongo (digo, esto no es suposición, sino un hecho patente) que los tontos son de suyo asustadizos, y que en medio de esta tranquila navegación, sale una voz que dice: ¡Fuego á bordo!... ó, lo que es lo mismo: ¡Hay billetes falsos!

Alármase la gente; cada tonto examina sus billetes para asegurarse de su legitimidad; incíase la desconfianza; ábrese discusiones sobre si este está más borroso que estotro; sobrevienen dudas, temores, recelos... Y en esto se oye otra voz: ¡Señores, que el fuego llega cerca de la Santa Bárbara! ó, de otro modo: ¡Que los billetes falsos están perfectamente imitados!

Si estiramos un poco estas suposiciones, llegaremos al caso que me proponía presentar, y es el siguiente:

Los tenedores de billetes, que no pueden tener la seguridad de que son legítimos desde el momento que se presentan á la circulación billetes falsificados, se agolpan á las cajas del Banco á cambiarlos por metálico, que es la mejor manera de salir de dudas.

El Banco empieza por cambiar billetes á qué quieres boca...

Y sigue cambiando...

Y continúa la demanda...

Y cambia más, y más, y más...

Y la afluencia de tontos á sacar monedas y á dejar papeles, no disminuye...

Y esto se repite un día, dos días, tres días, una semana, un mes...

El metálico va disminuyendo, pero los billetes parece que aumentan, según se van presentando; y como la alarma es contagiosa, hasta los tontos más confiados se van arrimando á la cola.

Por último, y para economizar palabras: que llega un momento en que el numerario se agota y, sin embargo, la corriente de los billetes no se interrumpe. Porque, si no estoy equivocado, el Banco tiene la facultad de lanzar á la plaza mayor cantidad en billetes de la que reserva, con arreglo á la ley, para cambiarlos.

Yo no sé lo que podría suceder si el billete-hipótesis que he presentado más arriba se cambiase por un hecho contante y sonante; pero me figuro que no sería un negocio pingüe para aquel establecimiento de crédito. Cuando menos ocasionaría una grave perturbación en su marcha, si no un verdadero conflicto y un serio contratiempo.

Tampoco sé qué impresión produciría en el público esta situación anómala del Banco de España, ni me importa saberlo. Lo que sí sé de corrido es la impresión que á mí me ha causado el saber que mis cien pesetas no me sirven, porque el papel en que debían contenerse, y que yo recibí de buena fe, ha resultado falso.

Pues bien, cuando me diesen la noticia de que el Banco había tenido que desamortizar todo su numerario y amortizar sus billetes, me quedaría... sí, señores, lo confieso con pena, me quedaría... tan fresco como si tal cosa; tan fresco como se quedaría el Banco al saber que á Blas le habían estafado cuatrocientos reales por medio de un billete falsificado.

Pero, como la soga se rompe siempre por lo más delgado, y como el último mono siempre se ahoga, y como el pez grande se come siempre al chico, estén ustedes seguros de que, en último término, yo perdería más que el Banco.

Porque pasaría la fiebre cambiante de los tenedores de papel-moneda.

Pasaría la crisis monetaria del Banco.

Pasaría el conflicto.

Pasaría todo, todo... excepto mi billete de cien pesetas.

BLAS.

LOS GRABADOS

CONTROVERSIA DE TEÓLOGOS SOBRE EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Cuadro de Andrea del Sarto.

En la sala mal llamada de *Saturno*, en el palacio Pitti de Florencia, admiran los inteligentes, no lejos de la famosa *Visión de Ezequiel*, del gran pintor de Urbino, el cuadro que representa nuestro grabado. Andrea del Sarto, hijo de un sastre, por lo que se le apellida *Sarto*, que en italiano significa sastre, nació en Florencia en 1488 y murió en la misma ciudad en 1530. Sus obras, muy numerosas, andan desparrahadas por toda Europa: en nuestro museo del Prado se guardan seis. Fué original como pocos; elegante y delicado en el estilo de sus cuadros, y tan correcto en la ejecución, que sus contemporáneos, exagerando sin duda, le llamaron *Andrea Senza errori*.

El cuadro de nuestro grabado es de los más notables sin ser de los más conocidos; representa una controversia teológica en la que toman parte el insigne San Ambrosio y el angélico doctor Santo Tomás de Aquino. Asisten á la discusión cuatro Santos, entre los que puede reconocerse al mártir San Lorenzo, al Serafín de Asís, á Lázaro y á la Magdalena. El Padre Eterno, sosteniendo con amor á su divino Hijo crucificado, derrama sobre la inteligencia de los doctores de la Iglesia las luces inefables de su sabiduría infinita.

El cuadro es una de las joyas del arte cristiano, de que puede gloriarse el genio de Italia y la inspiración de la Iglesia.

MONUMENTO Á ISABEL LA CATÓLICA

ERIGIDO EN EL PASEO DE LA CASTELLANA DE MADRID

Nuestros lectores recordarán lo que dijimos respecto á la colocación de esta estatua, ó más bien, de este grupo en bronce del inspirado artista D. Manuel Oms. No hay para qué insistir en este punto, limitándonos hoy á describir brevemente la obra, muy aplaudida de los inteligentes y sancionada con el aplauso popular.

La gran Reina aparece cabalgando sobre magnífico corcel y empuña con la mano derecha la románica Cruz de la Reconquista, que es fiel trasunto de la célebre de la Victoria, lábaro de Pelayo, conservado aún en la Cámara Santa de Oviedo. A la derecha de la Reina marcha D. Pedro González de Mendoza, hijo del ilustre marqués de Santillana, Obispo de Sigüenza, luego Arzobispo de Toledo y Consejero fidelísimo de los Reyes Católicos. Por su saber, su munificencia y su autoridad en la corte, mereció ser llamado el *Gran Cardenal de España*. Al otro lado, llevando la rienda del corcel, aparece D. Gonzalo Fernández de Córdoba, soldado valeroso y afortunado en las guerras de Granada y de Italia, vencedor en Atella y Cerignola, en Reggio y Garelano, que por representar las glorias militares de su tiempo fué llamado el *Gran Capitán*.

El grupo está colocado sobre un pedestal de mármoles negros, verdes y rojos, con las inscripciones y escudos convenientes. ¡Lástima que en aquel despoblado no luzca lo que debiera lucir y aparezca bajo y disonante, teniendo á sus espaldas el Hipódromo, á la derecha la *Institución libre de Enseñanza*, y á su izquierda los desmontes de la futura Exposición hispano-colonial!

EL BUEN SAMARITANO

Cuadro de L. Möfer

Refiere el Evangelio que, habiendo querido tentar al Señor un doctor de la Ley, le dijo: Maestro, ¿qué debo hacer para poseer la vida eterna? Y Jesús le respondió: ¿Qué es lo que está escrito en la Ley? ¿Cómo lees tú? Respondiendo él dijo: Amaré al Señor tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu, y á tu prójimo como á tí mismo. Y Jesús le dijo: Has respondido muy bien; haz eso, y vivirás. Y él, queriendo justificarse á sí mismo, preguntó á Jesús: Y ¿quién es mi prójimo? Y tomando Jesús la palabra, dijo: *Bajaba cierto hombre á Jericó, y cayó en manos de unos ladrones que le robaron; y habiéndole hecho muchas heridas, marcharon dejándole medio muerto. Y sucedió que vino por aquel camino un sacerdote; y viéndole, pasó de largo. Y de la misma suerte un levita que llegó cerca de aquel paraje, habiéndole visto, pasó adelante. Pero un samaritano que iba de camino llegó cerca de él; y viéndole, fué movido de compasión; y acercándose, echó aceite y vino en sus heridas y las vendó; y poniéndole sobre su jumento, le llevó á un mesón, donde tuvo cuidado de él. Y al día siguiente sacó dos denarios y los dió al mesonero, diciendo: Ten cuidado de este hombre, y todo lo que gastares de más yo te lo pagaré cuando vuelva. ¿Quién de estos tres te parece que fué el prójimo de aquel que cayó en manos de los ladrones? Y respondió el doctor: el que usó de misericordia con él. Y le dijo Jesús: Ve cómo, y obra tú de la misma suerte.*

Para entender toda la fuerza de esta parábola, dice un comentador, se debe tener presente que los judíos tenían un odio irreconciliable á los samaritanos, mirándoles aún peor que á los gentiles y teniendo menos trato con ellos; y lo mismo hacían los samaritanos con los judíos.

En esta parábola, dice el P. Scio, quiso el Señor dar á entender á los judíos que el extraño y aun el enemigo debe ser tenido por prójimo. El samaritano no ve en su enemigo, herido y á punto de espirar, sino un hombre que lleva sobre sí, como él, la imagen de Dios, y un desgraciado que tiene necesidad de su socorro; y dejándose de vanas quejas, inútiles lágrimas y estériles deseos, pone de luego á luego todos los medios para aliviarle. La caridad debe ser compasiva sin excepción de personas, y activa, reduciéndose toda á obras.



La parábola del buen samaritano tiene hoy un interés que en vano trataríamos de reforzar con hechos que están á la vista de todos.

DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

(Véase el número anterior)

Este célebre poeta, que ha tenido el triste privilegio de dar su nombre á una era de corrupción literaria, que denominamos *gongorismo*, nació en Córdoba á 11 de Junio de 1561; y aunque sus extensos conocimientos adquiridos en la Universidad de Salamanca y su distinguida clase le daban lugar á esperar una colocación correspondiente, la suerte no le fué favorable, y cargado de desengaños y defecciones, se hizo eclesiástico á los 45 años de edad, y obtuvo una ración en la Catedral de Córdoba, y posteriormente, por mediación del Duque de Lerma, fué nombrado Capellán de honor del Rey Felipe III. Vino con este motivo á la Corte; pero su edad ya avanzada no le dejó adelantar en el favor que tan tarde había sabido granjearse. Una enfermedad que le atacó en la cabeza y le privó de la memoria, le obligó á volver á Córdoba, donde agravándose el mal, falleció al poco tiempo después de su llegada en 24 de Mayo de 1627. Hay dos épocas en la vida de Góngora; la primera, en que se ejerció en la poesía ligera, amatoria y satírica, brillando con las cualidades de la buena literatura, como puede verse en sus obras de este período; la segunda, cuando quiso erigirse en creador de un estilo nuevo que él llamó *culto*. Góngora llevó su genio y su saber á los últimos límites de la extravagancia, formándose con indecible esfuerzo un lenguaje convencional, altisonante, hinchado, lleno de giros griegos y latinos; que desfiguraban por completo el idioma patrio. No contento con esto, quiso dar á la dicción mayor dignidad, y á cada palabra una intención profunda, usando de estas en sentidos raros y ajenos de su propia significación é inventando hasta una nueva puntuación y medida, sin cuya clave es inútil empeñarse en descifrar sus conceptos. Finalmente, para acabar de sublimar este *estilo culto*, supo suprimir todo el fruto de su vasta erudición histórica, mitológica y científica, y arrastrar consigo á sus lectores á un tenebroso campo de conceptos oscuros y exagerados, en donde el genio más agudo y la vista más perspicaz llegan á perderse.

Triste es confesarlo, pero la verdad es que Góngora no llegó á tener fama hasta que abandonó el buen camino y se echó á volar osadamente por las extraviadas sendas del culteranismo. Admirado entonces y seguido por numerosos secuaces, entre los cuales se contaban muchas veces los primeros ingenios de la época, Cervantes, Quevedo Villegas y otros muchos, llegó por fin á conseguir su objeto de dar su nombre á una escuela que desde entonces es y será perpetuamente conocida por *gongorina*. Ella dominó en nuestro Parnaso por casi dos siglos, transmitiéndose desde su fundador y sus contemporáneos por medio de los Villamedianas, Mellos, Rebollados, Gerardo Lobo y otros infinitos, hasta que á fines del siglo último volvió á renacer el buen gusto, y Góngora fué juzgado con la severidad que merecía un hombre que renunció á las más felices dotes de escritor, por seguir los impulsos de su amor propio, extravagante y ridículo. Hé aquí una muestra del *estilo culto* de Góngora:

Aljófares risueños de Visela
El blanco altermo pie fué vuestra risa,
En cuantos ya tañéis coros, Belisa,
Undosa de cristal, dulce vihuela.

Instrumento hoy de lágrimas, no os duela
Su Epiciole de donde nos avisa,
Que rayos cifre, que zafiros pisa
Que sin moverse en plumas de oro vuelva.

Pastor os duela amante, que si triste
Lo perdió su deseo en vuestra arena,
La memoria en cualquier región le existe.

Lagrimoso informante de su pena
En las cortezas que el aliso viste,
En los cultos suspiros de su avena.

EL B. PEDRO DE CASTELNAU

FRAILE CISTERCIENSE

Legado apóstolico, primer inquisidor de la Fe y mártir.



UNDADA la Iglesia Católica por nuestro Señor Jesucristo, como una sociedad perfectamente organizada, disfruta, en virtud de su constitución misma, del derecho de proteger su doctrina y su existencia, persiguiendo á los herejes con las dos espadas, espiritual y temporal. Tan pronto como en virtud de la paz concedida por Constantino, le fué permitido salir de las catacumbas y ejercer libre y absolutamente su santo ministerio, consideróse exenta de esta obligación, en virtud del ministerio de los Obispos, recurriendo, siempre que lo creía necesario, al brazo secular en solicitud de su auxilio; pero habiendo tomado considerable incremento á principios del siglo XIII la imponente herejía de los maniqueos, llamados albigenses, particularmente en el Mediodía de Francia, y amenazando destruir, no sólo la fe católica, sino hasta los más profundos cimientos de la familia, de la propiedad y de la so-

ciudad civil, para resistir á este enemigo que seguía avanzando á favor de la hipocresía, del silencio y de la corrupción más infame; la Iglesia comprendió la necesidad de fundar, para resistir y castigar á aquellos herejes, una autoridad especial y superior á la de los Obispos. Entonces fué cuando empezó á recurrir á los hombres de ciencia, de virtud y de energía á toda prueba, concediéndoles los mismos poderes del Soberano Pontífice, con orden de predicar, de convencer por medio de la controversia, y en caso necesario, de castigar, por medio de suplicios, á los enemigos de Dios, de todo orden y toda ley. Esta jurisdicción, temporal al principio, no tardó en organizarse como tribunal regular, con sus jueces, sus fórmulas de procedimientos, sus leyes y privilegios, y diósele el nombre de Santo Oficio de la Inquisición. En el siglo XVI, sobre todo, y en España, se le armó con los poderes más amplios, á fin de que pudiese luchar con armas iguales contra el protestantismo; y, merced á su influjo, al paso que la Alemania y Francia se veían ahogadas en torrentes de sangre por las guerras civiles de religión, Italia y España permanecieron tranquilas y conservaban intacto el tesoro de la fe católica. Los enemigos de la Iglesia no cesan de declamar contra la Inquisición, precisamente porque saben que este santo Tribunal fué para ellos, durante siglos, muralla inexpugnable. Por lo demás, á fin de vengar á esta institución bienhechora, Dios nuestro Señor tuvo á bien coronar, con la aureola de la santidad, la frente de los hombres que más se afanaron por establecerla ó propagarla. Los nombres y las virtudes de Santo Domingo de Guzmán, de su discípulo San Pedro de Verona, de San Pedro de Arbués y de San Pío V, conocidos son de todos, y si el Beato Pedro de Castelnau no disfruta todavía de la misma fama, fué, no obstante, el primer inquisidor de la fe, nombrado por el Sumo Pontífice, con autoridad superior á la de los mismos Obispos, y el primero martirizado por los herejes en odio á la fe y autoridad de que se hallaba revestido.

Pedro de Castelnau nació, según se cuenta en Montpellier, en Languedoc. Cuando el Papa Inocencio III le asoció á Fray Rainier, Raneriu, fraile cisterciense, Pedro de Castelnau era ya sacerdote, profesor de teología y archidiacono de la iglesia Catedral de Maguelonne, transferida después á Montpellier. Al mismo tiempo el referido Papa había nombrado á Fray Rainier su legado en las provincias eclesiásticas de Embrum, de Arlés, de Aix y Narbona, con plenos poderes sobre los mismos Obispos, á fin de aniquilar por completo la herejía albigense en estos países (1199). De corta duración fué esta primera empresa, porque el amor que profesaba á la soledad y á la contemplación, impulsaron á Pedro á presentar la renuncia de su dignidad para poder profesar en la regla de San Benito, en el Monasterio cisterciense de Fonsfroide, diócesis de Narbona, hoy día de Carcassonne; pero el Papa, que tenía en alta estima sus talentos y virtudes, á fines ya de 1203 sacóle de su retiro y le dió de nuevo, así como á uno de sus hermanos en religión, llamado Raoul (Eudulphus), poderes de legado para seguir trabajando en la conversión de los herejes¹. Dirigióse desde luego los dos enviados del Sumo Pontífice hacia Tolosa, centro entonces del poder y de la propagación del error. «Como no obtuviesen nada por medio de la persuasión y la dulzura, procuraron, dice un contemporáneo, inspirar á aquellos esclavos del pecado un temor servil, amenazándoles con la pérdida de sus bienes, con la indignación de los reyes y de los príncipes, y de esta manera consiguieron convencerlos y les atrajeron á abjurar la herejía y arrojar de su pueblo á los herejes.² » Como garantía de esta conversión, que desgraciadamente no fué duradera ni completa (1203), bastó tan sólo un juramento prestado por los magistrados y el pueblo.

Sin embargo, los extraordinarios poderes que el Sumo Pontífice había conferido á los legados, inspiraba celos á los Obispos, y especialmente al Arzobispo de Narbona, quien, por otra parte, estaba muy lejos de haber cumplido con los deberes de su ministerio en lo tocante á su pueblo, particularmente en la defensa de la fe. Para dar mayor autoridad á sus dos enviados, Inocencio III les agregó á Ar-

nauld, abad del Císter, cuyas conocidas virtudes, no menos que su alta dignidad, debían imponer respeto; el Sumo Pontífice les renovó á todos tres sus plenos poderes para la predicación, así como para perseguir y castigar á los herejes en las provincias eclesiásticas de Aix, de Arlés, Viena y de Narbona. Al propio tiempo escribía el Papa al rey de Francia, Felipe Augusto, á fin de rogarle que auxiliase á sus legados con todo su poder, y que emplease la espada material para contener los progresos del error³. A pesar de las disposiciones del Papa, Pedro tropezaba á cada paso con obstáculos, y cansado de luchar particularmente contra el Arzobispo de Narbona, suplicó al Sumo Pontífice que le relevase de su misión y le permitiese volver á su monasterio. Inocencio negóse á esta petición y escribió á Pedro á fin de consolarle, haciéndole esperar que Dios daría en breve á sus tareas una fecundidad inesperada, «por lo demás, añadía, si no conseguís alcanzar de esas gentes lo que deseáis, no por eso recibiréis menor recompensa del cielo, porque no es el triunfo lo que más Dios corona, sino el trabajo⁴. » Animados por las exhortaciones de Inocencio III, los legados procedieron contra los herejes con una energía y valor indomables, sin dejarse intimidar por la negativa de auxilio que encontraron en aquellos mismos que tenían el deber de prestarles el más firme apoyo; ellos visitaron muchas diócesis de las provincias de Narbona, de Aix y de Viena, y no temieron deponer á los Obispos de Viviers y de Tolosa, y de suspender al de Bezières, sometiéndole al juicio del Sumo Pontífice.

A pesar de todos sus esfuerzos, la empresa que les había sido confiada, sólo con mucha dificultad adelantaba; pero entonces, dice un historiador de aquel tiempo, «el Señor Dios, que tiene reservadas en la aljaba de su Divina Providencia las flechas elegidas, hizo surgir en España dos combatientes escogidos para esta lucha, Diego, Obispo de Osma, y un santo hombre que después fué canonizado, Domingo, Canónigo regular de la misma iglesia⁵. » Estos dos Santos varones, al regresar juntos de Roma á principios del año 1205 en dirección á España, encontráronse en Montpellier con los tres legados Arnald, Pedro y Raoul, quienes les anunciaron su intento de renunciar á la misión que les había sido confiada, en vista del poco fruto que de ella sacaban.

El Obispo de Osma aconsejóles entonces, que se ocupasen exclusivamente en la predicación, y que la hiciesen de pie sin llevar consigo oro ni plata, conformándose al pie de la letra con las instrucciones dadas por el Señor á sus Apóstoles. Los legados respondieron que estaban prontos á seguir este consejo, con tal de que cada cual diese ejemplo de él. El Santo Obispo ofrecióse á ello inmediatamente, despidiendo á todos sus familiares para Osma, y reservándose tan sólo para que le acompañase, á Santo Domingo, y reunióse con Pedro y con Raoul para emprender esta evangelización, mientras que Arnald regresaba al Císter, donde le llamaba el capítulo general de su orden.

Los cuatro misioneros salieron descalzos de Montpellier, y recorrieron muchas ciudades y castillos del país de Tolosa, infestados por la herejía. En una disputa pública sostenida en Verfeil, hicieron enmudecer á dos célebres predicadores de la herejía, y en Carman confundieron de igual modo á los jefes del maniqueísmo, sin lograr con ello convertirlos; pero el pueblo en masa volvió á la fe católica. Después pasaron á Begiers, donde confirmaron á los católicos en la fe, pero sin ganar terreno sobre los herejes. Advirtiéndole en esta ciudad el odio especial que los albigenses profesaban á Pedro de Castelnau, y temiendo que le condenasen á muerte, aconsejóle el Obispo de Osma que se alejase de aquel punto. Obedeció Pedro, y no obstante, volvió para ayudar á sus compañeros en una disputa pública que tuvieron con los herejes en Montreal, diócesis de Carcassonne, y en la cual quedaron vencedores los campeones de la fe. Tampoco en esta ocasión lograron triunfar de la terquedad de sus adversarios. Algunos autores atribuyen á esta conferencia un milagro, que prueba de manera evidente la verdad de la doctrina católica. Habiendo puesto por escrito Santo Domingo las autoridades de que se valía para refutar el error, y habiéndolas entregado á un hereje para que las examinase y contestase á ellas, arrojólas éste último al fuego por tres veces en presencia de la secta, sin que el pergamino fuese quemado, pero también sin que el milagro fuese bastante á convertirlos. (Junio 1207)⁶.

Desde Montreal trasladóse Pedro de Castelnau á

¹ La palabra Castelnau es la traducción provenzal del latín *Castronovum*, en francés, Chateaufort. Muchas localidades del Mediodía de Francia, llevan también el nombre de Castelnau, y el bienaventurado tomó indudablemente su nombre de una de ellas, de la cual era hijo.

² D. Vaisset, *Histoire de Languedoc*, tomo III, páginas 134-135. Este autor refiere la vida del B. Pedro de Castelnau, con gran exactitud, teniendo siempre á la vista los documentos originales y los retratos de los contemporáneos.

³ Inn. III, epist. I, v. 72

⁴ Petrus Vallium Semaii, *Historia albigensium*, c. I. ap. Migne Patro, t. CXXIII, c. 545. — D. Vaisset, l. c.

⁵ Inn. III, epist. 76, 77, 78, 79, línea 7.

⁶ Ib., ep. 110.

⁷ Guilielmus de Polio Laurentii, *Chronicont*, c. VIII.

⁸ Petr. Vall. Sern. c. III, et Vaisseti, pág. 146.



MONUMENTO Á ISABEL LA CATOLICA

ERIGIDO EN EL PASEO DE LA CASTELLANA DE MADRID.



EL BUEN SAMARITANO. — CUADRO DE L. MÖFER.

la Provenza, á fin de poner paz en las contiendas de los nobles de aquel país, y unirlos á todos ellos en santa liga, á fin de combatir después á los herejes de la provincia de Narbona. Proponíase, ante todo por este medio, contrabalancear el funesto influjo del potente conde de Tolosa, Raimundo, principal apoyo de los maniqueos. Manejóse Pedro en este asunto con tal maña y energía, que después de obstinadas resistencias, temiendo el Conde los ataques de los señores provenzales y la excomunión lanzada contra él por el legado, acabó por entrar él mismo en esta confederación; pero como en realidad continuaba siendo enemigo de la fe, pronto violó su juramento para renovarlo después por la fuerza, y de nuevo faltó á él. Testigo el Santo fraile de estos perjuros, no temió el ir él mismo en busca de Raimundo, y de echarle en cara, sin ambages, su perfidia y mala fe. A pesar de todo, no retrocedía la herejía; doce abades de la Orden del Cister, dirigidos por Arnaldo, recorrían descalzados el país predicando y en la más absoluta pobreza, como lo había aconsejado el Obispo de Osmá, y sus trabajos continuaban siendo estériles. Alumbrado por el Espíritu Santo, no cesaba Pedro de repetir: Los «negocios de Jesucristo nunca prosperarán en este país, mientras uno de nuestros predicadores no muera en defensa de la fe. Quiera Dios que sea yo el primero, herido por el hacha de la persecución».

En este estado las cosas, murió su compañero Raoul; el Obispo Diego, que se había trasladado á Osmá para arreglar allí algunos negocios, con el intento de volver pronto á Francia, murió también; todo presentaba un estado de cosas desesperado. Para que la mies madurase, había llegado la ocasión de que fuese regada por la sangre de un mártir y los votos del B. Pedro iban á ser escuchados. Había empezado á correr el año 1208. El Conde de Tolosa había llamado al legado á San Gil, ofreciéndole darle amplias satisfacciones sobre todos los agravios que le echaba en cara, pero muy resuelto en el fondo de su corazón, con su acostumbrada perfidia, á no ceder en nada. Acudió el legado al llamamiento, y tan pronto Raimundo se mostraba dispuesto á escuchar sus saludables consejos, tan pronto dando vado á su orgullo, negábase á obedecer. Convencido Pedro de que nada podría conseguir, anunció que iba á marchar, dejando al Conde bajo el peso de la excomunión. Raimundo declaró entonces públicamente que mandaría perseguir al legado donde quiera que fuese, y le haría condenar á muerte, y al punto nombró á aquellos de sus confidentes que debían llevar á cumplido efecto su orden. En vano procuraron el abad de San Gil, los magistrados y la clase media de la ciudad, calmar su cólera, y al ver que nada podían conseguir, dispusieron, sin que lo trasluciese el Conde, que el legado fuese acompañado hasta el Ródano por una partida de gente armada; pero Raimundo, obrando siempre con perfidia, envió por su parte algunos de sus satélites, quienes durante la noche se deslizaron en el grupo de la escolta del Santo hombre, que se había detenido para pernoctar á orillas del río. La mañana del siguiente día, Pedro, como de costumbre, celebró el sacrificio de la misa y preparóse después á pasar el Ródano, pero en este momento uno de los asesinos enviados contra él, hirióle por la espalda de un lanzazo, en la parte baja de las costillas, derribándole en tierra.

III

Contemplando el Santo á aquel desdichado, sólo tuvo para él una palabra, la de Nuestro Señor Jesucristo y la de San Esteban: «que Dios te perdone, pues en cuanto á mí, te perdono.» Repitióla una y otra vez, y dominando con la esperanza de los goces eternos el dolor que le causaban sus heridas, con admirable energía de espíritu, tomó con sus compañeros las disposiciones que creyó necesarias para que se continuase trabajando sin descanso en interés de la fe y de la paz, y después de orar durante mucho tiempo, durmióse dichosamente en el sueño del Señor.

El mismo Inocencio III escribió á los Arzobispos y Obispos, á los condes, barones y caballeros de las provincias de Narbona, de Arlés, de Embrum, de Aix y de Viena, para anunciarles el asesinato de su legado y excitarles á vengarle, y después de haber colmado de elogios la santa memoria de Pedro de Castelnau, á quien llamaba un hombre ilustre, por su vida, su ciencia y fama, añadía que indudablemente Dios había permitido su muerte en un desig-

nio de misericordia, respecto de la Iglesia y de los rebeldes y contumaces herejes.

«Aquí tenéis, decía, el antiguo sacrificio de Jesucristo, aquí tenéis la milagrosa industria del Salvador; cuando parecía vencido en la persona de sus servidores, entonces es cuando triunfa por ellos, y por el mismo poder en virtud del cual, al morir destruyó la muerte, y de esta manera hace que vencidos sus servidores triunfen de su vencedor».

Estas palabras del gran Pontífice, fueron una profecía. Apenas la sangre del bienaventurado Pedro había regado la tierra, cuando el aspecto de los negocios cambió completamente en los países infestados por la herejía.

La cruzada organizada contra los albigenses, y dirigida por Simón de Monfort, abatió completamente su poder, obligándoles á recibir á los predicadores de la fe católica. Al mismo tiempo, Santo Domingo, con el rosario en la mano, emprendía contra ellos otra cruzada pacífica, y mucho más fructuosa que la primera, y al cabo de pocos años, todas aquellas ricas y hermosas provincias fueron de nuevo reconquistadas para la Iglesia y para Jesucristo.

Los frailes benedictinos de San Gil habían recogido el cuerpo del mártir y le habían dado sepultura en su claustro. En virtud de una orden del Sumo Pontífice, trasladáronle al año siguiente á un lugar más honroso de la iglesia, cerca de la sepultura del mismo San Gil; encontráse incorrupto su cadáver, y despidiendo sus miembros un aromático olor, y al contemplarle, hubiérase dicho que aun circulaba la sangre por sus venas, apareciendo su carne tan fresca como la de un hombre vivo.

Poco tiempo después, reducido el conde de Tolosa á solicitar el perdón de la Iglesia, dirigióse á la del mismo San Gil, aun para recibir la absolución del legado del Papa, en presencia de numerosos Obispos y de una inmensa muchedumbre. Exigiósele que se presentase á la puerta de la iglesia desnudo su cuerpo hasta la cintura, y después de haber confesado sus maldades, y particularmente el haber protegido al asesino de Pedro de Castelnau, el legado le introdujo en el templo, azotándole públicamente con un manojo de varas, y para que la humillación fuese más completa, no permitiendo la afluencia de los asistentes á este acto que se hiciese salir á Raimundo por la nave principal, hubo necesidad de hacerle pasar por uno de los lados bajos frente al sepulcro en que había sido depositada su víctima, y de esta manera apareciendo en la postura más humillante en presencia de aquel á quien había despreciado vivo, parecía forzado por un juicio de Dios á rendirle homenaje después de muerto.

El cuerpo del B. Pedro de Castelnau reposó en la iglesia de San Gil, rodeado de la veneración de los fieles hasta el año de 1562, en que los protestantes profanaron su sepultura y dispersaron sus reliquias. La Iglesia no se ha mostrado ingrata para con su esforzado campeón, pues ya el siguiente día de su muerte Inocencio III declaraba la realidad de su martirio, añadiendo que si no obraba milagros, era indudablemente debido á la incredulidad de los pueblos inmediatos, que semejantes á las gentes de Nazaret, de que habla el Evangelio, no merecían que el Señor obrase prodigios en favor suyo, porque no se habrían aprovechado de ellos para convertirse.

Pedro no ha sido solemnemente canonizado, pero los soberanos Pontífices, por lo menos, han reconocido el culto que siempre se le ha dado, no sólo en San Gil, sino en muchas diócesis del Mediodía de Francia y en el monasterio de la Orden del Cister, y si la gloria de San Pedro de Verona, que también perdió la vida á manos de los maniqueos del siglo XII, hizo palidecer la suya, eternamente le quedará el honor de haber abierto la senda que condujo á Santo Domingo á la palma del martirio.

D. FR. ILDEFONSO GUEPIN,

monje benedictino de la Congregación de Francia, Prior del monasterio de Santo Domingo de Silos.

1 Innoc. III. De cede Petri de Castelnovo, epist. 267, l. XI. Esta carta está fechada el 5 de Mayo, y á esta circunstancia se debe el que haya sido elegido este día para la festividad del B. Pedro de Castelnau. Se ignoran datos más precisos referentes á su martirio.

2 Ibid.

3 Godefridus, monachus. S. Pantaleonis, ap. Bollard. Acta SS. Mart., t. I, p. 416, Petr. Vall. Sern. c. XII

4 Petr. Vall. Sern. cap. XII.

5 Inn. III ep. 267, l. XI.

6 Bened. XIV. De Beatificatione Servorum Dei. l. I, capítulo XXIX, núm. 17.

7 Les Bollandistes, acta SS. Mart., t. I, pág. 411-7 han dado una excelente disertación sobre el B. Pedro de Castelnau. Manrique, Anales Cisterciens, t. III, págs. 417 y 599, refiere con pormenores todos sus actos, insertando íntegros en su texto casi todos los documentos.

RECUERDOS

Aquello que soñó mi fantasía,
Y tanto tiempo acarició el deseo,
Llegó al fin y pasó, y hoy sólo veo
Un sueño más en la memoria mía;

Antes de ser mi corazón rendía,
Triunfé, y dejó cual mísero trofeo
Un recuerdo feliz que á veces creo
nube fugaz que la ilusión envía;

A cada paso anúblase y decrece
El pensamiento del recuerdo amado,
Y llega un día al fin que desaparece;

En vano busca el ánimo cansado
Alivio en un ayer que se adormece:
¿Qué vale el haber sido si ha pasado!

A. DEL VALLE Y SERRANO.

UNA VISITA Á LA CARTUJA DE MIRAFLORES

En tarde dulce y serena
Que á meditación convida,
He emprendido la subida
A esta celestial Sión;
En que los goces del alma,
La paz, la dicha, el contento
Son el constante elemento
Y la sola ocupación.

La contemplación tranquila
De esta iglesia, triste y fuerte,
De esta mansión de la muerte
Hoy á mi alma inspiró;
Que ama lo bello, lo antiguo,
Lo grande, lo religioso,
Lo que muestra poderoso
Una gloria que pasó.

En reflexiones sumido
Que á mi espíritu agitaban,
Mil recuerdos asaltaban
Mi memoria al contemplar
Lo que un día fué soberbio
Monumento esclarecido,
Y hoy contemplo derruido
Convertido en erial.

¿Qué tristeza!... nunca llega
El ruido del loco mundo
A este panteón profundo
De hombres que alaban á Dios;
A estos claustros solitarios
Do gime encerrado el viento
Asemejando el acento
De inconsolable dolor.

¿Dónde están los blancos monjes
Que entre el rezo y el ayuno
Las huellas del Santo Bruno
Seguían con dulce afán?
¿Dónde el eco majestuoso
Del canto, dulce armonía
Que desde el coro subía
Al pie del divino altar?

El solícito portero,
El prior, frailes y legos
Que á Dios elevaban ruegos
Por el hombre pecador,
¿Dónde están? Ninguno existe;
Todo está solo y callado,
¿Qué vendaval ha pasado
Que tal destrozo causó?

¡Ah! cuando alzara tus muros
El piadoso Juan segundo
Para admiración del mundo
Y alcázar del Dios de paz,
Dulce ilusión se forjaba
Creuyendo eterno sería,
Y el tiempo no mellaría
Lo que ordenó edificar.

La revolución airada
Nada perdonó en su saña
Y convirtió á nuestra España
De ruinas en un montón.
Pasó cuanto era grandioso,
El bueno, el sabio se hundieron
Y de entre el polvo surgieron
El crimen y la ambición.

Cartuja de Miraflores,
Perla de los burgaleses,
Sufriste iguales reveses
Que otros monasterios mil.
Hoy aquí ni yerba nace
Ni flor que el aire embalsame;
Entre ruinas y entre grama,
¿Qué flores han de vivir?

1 Petr. Vall. Sern. c. 5, t. VI.

2 Llamábase Diego de Aceves.

3 Deus tibi dimitat, quia ego dimitto.

Muestra de piedad insigne
Que dejaron nuestros Reyes,
Que si decretaban leyes
También sabían rezar;
No han respetado tu gloria
Y hoy te encuentras reducida
A arrastrar lánguida vida
Viviendo de caridad.

Más con todo, aun se encierra
Entre tus muros macizos
Triste porción de tus hijos,
Resto de una grey mayor;
Aun es grande tu recuerdo
Como quien te dió la vida,
Y mermada y derruida
Aun causas admiración.

Lejos de humano comercio
Y en alto monte escondida,
Donde el águila se anida
Y la nieve es eternal,
Aun artistas y poetas,
Por tu fama conducidos,
Contemplan embebecidos
Cuanto ha respetado el mal.

Por eso quien ama y siente,
Quien practica la nobleza,
Dobla humilde la cabeza
Al traspasar este umbral.
Que si lo hermoso extasia,
Respeto causan las ruinas,
Y las bellezas divinas
Conmueven al ser mortal.

Adiós, monumento ilustre,
Adiós, augusto retiro
Donde únicamente miro
Silencio y tranquilidad.
Adiós, recuerdo esplendente
De un pasado de riqueza,
Honor de aquella realeza
De algunos siglos atrás.

Yo te saludo admirando
Las bellezas que atesoras,
Y considero las horas
Que aquí acabo de pasar,
Como las más deliciosas
Y que mejor he pasado,
Y tu recuerdo grabado
En mi pecho quedará.

E. DE OLIVER-COPONS.

Burgos, Diciembre 1883.

EL MERIDIANO INICIAL

Y LA HORA UNIVERSAL



CÚPANSE de nuevo los Congresos en la doble cuestión del meridiano inicial y de la unificación de la hora, y, al parecer, camina á su solución, á pesar de la oposición que se le hace en ciertas naciones, movida por el amor propio.

Bien quisiéramos trazar la historia de este asunto, tratándolo bajo el punto de vista de la formación de los mapas y de la enseñanza, dejando á los astrónomos, á los geodésicos, á los navegantes y á otras clases interesadas en el asunto, el cuidado de considerarlo cada una de ellas bajo su especial punto de vista.

El uso que en el día se hace en las escuelas de los grados de longitud trazados en los mapas, puede considerarse casi nulo, y mucho tememos que suceda lo mismo, en tanto que estos grados no indiquen, de una manera permanente y aceptada por todos, la posición en longitud de las ciudades y países del globo, como lo hacen las paralelas en lo tocante á su latitud.

La diversidad de los primeros meridianos elegidos por las naciones, su paso, al través de los países más importantes de Europa, que cortan de una manera enojosa; la distinción de la longitud en occidental y oriental que produce cierta confusión; el uso de los meridianos trazados de 10° en 10°, sin una simple relación con las horas, son otros tantos inconvenientes que difícilmente pueden resolverse en las escuelas, por lo menos, para el mayor número de discípulos.

Estas dificultades son las que debieran hacerse desaparecer ó disminuir, en cuanto fuese posible, con la adopción de un meridiano inicial único. La generalización de las nociones acerca de la longitud de los pueblos no podría menos de ganar en ello.

La cuestión de un meridiano inicial y de una hora universal, no era materia que preocupase á los antiguos, cuyas ideas acerca de la esfera del globo eran las más vagas. No obstante, Ptolomeo colocaba ya en el segundo siglo el punto de partida de sus meridianos en las islas Afortunadas (Canarias), por

que entonces nada se conocía más allá; y por ser la extensión del mundo conocido en aquella época mayor del Este al Oeste que la del Norte al Sur, dióse á la primera el nombre de *longitud* (largura), y á la segunda el nombre de *latitud* (anchura).

Después del descubrimiento del Nuevo Mundo, en 1493, indicó el Papa Alejandro VI, y á fin de separar las posesiones españolas de Occidente y las portuguesas de Oriente, un meridiano que pasaba á cierta distancia del Oeste de la isla de Hierro ó de la costa africana.

En el siglo XVI prefería Mercator, como meridiano inicial, la isla de Corvo, una de las Azores, situada entonces sobre el meridiano magnético.

Los holandeses tuvieron durante mucho tiempo por meridiano el pico de Tenerife, considerado en otra época como la montaña más alta del mundo.

Luís XIII designó, por medio de declaración expresa, el meridiano de la isla de Hierro, que toda vía hoy es conservado por muchos autores de mapas. El astrónomo De Lisle fijó la longitud de París en 20 grados al Este de este meridiano; pero en 1789 advirtió Borda un error por deberse añadir 30 minutos á este número, por hallarse verdaderamente la isla de Hierro á 20°, 30' O. de París.

Los franceses adoptaron más tarde el meridiano de París, y pronto cada nación de alguna importancia quiso tener el suyo, que pasase por su observatorio astronómico y les sirviese de base para establecer sus mapas de Estado Mayor. Hoy día, cuéntanse doce principales: Greenwich, París, Berlín, Washington, Río-Janeiro, Pulkova (San Petersburgo), Nápoles, Stockolmo, Lisboa, Cádiz, Christiania y Copenhague.

Bélgica, que ha formado sus mapas de Estado Mayor con arreglo al meridiano de Bruselas, se sirve del de París para los usos ordinarios.

Cada día se hace sentir más la necesidad de un meridiano único para las longitudes y las horas, sobre todo, entre los cartógrafos, los geógrafos, los navegantes y las administraciones de los caminos de hierro. Así se explica la aparición de muchos proyectos encaminados á este fin.

Los unos han propuesto á *Alejandro* en memoria de Ptolomeo, ó una de las *pirámides* de Egipto; otros á *Venecia*, patria de Marco Polo, ó á Roma, centro del mundo occidental en la historia.

Laplace introdujo el meridiano donde era el medio día cuando el sol se hallaba bajo el punto vernal, el año de 1250, en que el apogeo de la órbita terrestre coincidía con el punto solsticial de Cáncer. Maur y Herschel eran partidarios de este meridiano, que correspondía al cabo *Mesurado*, cerca de Monrovia, sobre la costa de Guinea.

M. Bauffe, de Bruselas, así como M. Eug. Cornambert, de París, y más recientemente M. Bouthillier de Beaumont, de Ginebra, optaron por el meridiano del estrecho de *Behring*, que separa los dos grandes continentes. Pero este meridiano tendría, como los anteriores, el grave inconveniente de cortar la tierra en la Europa y el Africa occidental.

El capitán Delporte ha vuelto recientemente á la idea de Melcator, de adoptar el meridiano del polo magnético.

El mayor, Adam, director del Instituto militar de Bruselas, arrebatado harto pronto á la ciencia, se decidió por el antiguo meridiano de la isla de Hierro, proponiéndose construir en este punto un observatorio común para todos los Estados civilizados.

En una nota, acompañada de una carta, presentada en 1881 al Congreso de Venecia, y publicada por la *Exploración* de París y por el *Boletín de la Sociedad de Geografía* de Bruselas, hemos hecho observar nosotros mismos las ventajas del meridiano de la isla de Hierro, ó más bien de su antimeridiano del Kamtschatka, bajo el punto de vista de la cartografía escolar. Hé aquí cómo podía resumirse nuestra conclusión.

«Optamos por el antiguo meridiano inicial de la isla de Hierro, pero llevando de nuevo el 0° sobre el antimeridiano, cruzando el Kamtschatka, á fin de que el punto de partida de las longitudes y las horas, se encuentre en la parte del globo menos habitable. Además se graduaría en una serie única de 0° á 360°, procediendo del Oeste al Este, en el sentido de la rotación de la tierra y espaciando los meridianos de 15 en 15 grados, correspondiendo á una hora de tiempo.»

Tendremos ocasión de volver á tratar de este asunto.

M. Ramanet de Caillaud ha propuesto recientemente el meridiano de Belén, en memoria del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Habiendo nacido Jesús á media noche, señala, en efecto, el origen de la Era cristiana y el punto de partida de la cronología vulgar. «Adoptando el meridiano inicial de Belén,» dice el autor, «los pueblos europeos ó de origen europeo, aparecerían lógicos consigo mismos:

contando ya el tiempo á partir del nacimiento de Cristo, contarían en adelante el espacio á partir del lugar de dicho nacimiento.»

Pero los que más profundamente sienten la necesidad de unificar las horas, son los americanos. Sobre el inmenso territorio de los Estados-Unidos, existen más de 75 compañías de caminos de hierro, cuyas horas se hallan discordes entre sí, resultando en su consecuencia una insufrible confusión en sus relaciones diarias.

Por lo tanto, M. Abbé, director del establecimiento meteorológico de Washington, propone cuatro *meridianos regionales*: el primero correspondiente á los 75° O. de Greenwich, el cual daría la hora reglamentaria para la *región del Atlántico*; el segundo, situado á 90°, daría la de la *región del Valle* (del Mississippi); el tercero (105°), serviría para la *región de las Montañas*, y el cuarto (120°), para la *región del Pacífico*.

La aguja de los relojes presentaría cuatro puntas, que formarían entre sí ángulos de 30°, y señaladas con las letras *A, U, M, P*, de manera que indicaría por ejemplo, cuatro horas diez minutos en Nueva-York, al mismo tiempo que tres horas diez minutos en Chicago, dos horas diez minutos en Denver, y una hora diez minutos en San Francisco. Las horas variarían, al paso que los minutos y los segundos continuarían siendo los mismos.

Al mismo tiempo, M. Sanford Fleming, ingeniero del *Pacífico Canadiense*, propone, de acuerdo con M. Abbé, tomar por base el *antimeridiano de Greenwich*, pasando por el río de Anadyr y las Islas Fidgi.

El proyecto de M. Sanford Fleming, presentado en nombre del Canadá y de los Estados-Unidos en 1881 al Congreso de Venecia, es bastante complicado. Véase los puntos principales que contiene:

1.º Se establecerían 24 meridianos reguladores, diferenciándose cada uno de ellos en 15° de longitud, es decir, en una hora de tiempo, á los cuales se referirían sin excepción las horas locales arbitrarias de todos los puntos del globo.

2.º El primer meridiano, ó más bien el *meridiano inicial*, es decir, el que determinase la posición de los demás meridianos horarios, se elegiría á 180° de Greenwich, y diferiría de él en doce horas de tiempo; este meridiano inicial pasaría por el estrecho de Bhering y casi completamente por el mar.

3.º El cambio diario de la fecha empezaría á contarse á media noche en el meridiano inicial, y después sucesivamente en los demás meridianos horarios, hasta que la vuelta del globo se hubiese realizado del Este al Oeste.

4.º La hora del día de una población cualquiera se arreglaría según el meridiano regulador más próximo á ella. El medio día, ó las doce de la mañana, sería el medio día medio de dicho meridiano. El minuto y el segundo serían los mismos para todo el globo.

5.º Las horas del día se contarían de una á veinticuatro, sin interrupción; y desaparecería la división de dos mitades de doce horas que se halla actualmente en uso.

6.º En ciertas operaciones, como las que tienen por objeto facilitar la cronología y el sincronismo de observaciones científicas, se referiría á la fecha y á la hora del meridiano inicial, á semejanza del tiempo universal, al cual se daría el nombre de *tiempo cosmopolita*.

7.º Para evitar toda ambigüedad, las horas del tiempo cosmopolita se señalarían por medio de símbolos y no por números; se emplearían preferentemente las letras del alfabeto inglés en su orden consecutivo, omitiendo la J y la U para reducir las á 24. Estas letras denotarían asimismo los meridianos reguladores en su orden regular de Este á Oeste, de manera, que la F correspondería al meridiano de 90° pasando por cerca de Calcuta; la M al meridiano de 180° el de Greenwich; la S al meridiano de 270° de Nueva-Orleans; la Z al de 0°, á 360° al *meridiano inicial*.

Si el Congreso de Venecia celebrado en Setiembre de 1881 sólo se ocupó incidentalmente del proyecto, la razón aparente de ello consiste en la oposición sistemática de alguna grande potencia. No obstante, manifestó el deseo de «que en el transcurso de un año se nombrase una comisión internacional por los Gobiernos, á fin de ponerse de acuerdo sobre el punto del meridiano inicial, teniendo presente, no sólo la cuestión de longitud, sino particularmente la de las horas y las fechas...» «Los delegados de los Estados-Unidos, proponen que Washington sea la sede donde se establezca la referida comisión.»

En su consecuencia, el Gobierno de los Estados-Unidos, el más interesado en la materia, ha convocado este mismo año para que se reúnan en congreso con el indicado fin los representantes de diferentes potencias civilizadas.

Mientras se verifica esta reunión en Washington,

una asamblea geodésica, reunida en Roma en el mes de Octubre último, ha suscitado preventivamente la cuestión, adoptando las resoluciones siguientes, que creemos útil reproducir *in extenso*, tomándolas de la *Exploration*. Este acto es el más importante realizado hasta hoy y planteado por un Congreso oficial.

RESOLUCIONES. I. La unificación de las longitudes y de las horas es de desear, tanto en interés de las ciencias, como por el de la navegación del comercio y de las comunicaciones internacionales. La utilidad científica y práctica de esta reforma, supera en mucho á los sacrificios de trabajo y arreglo que produciría á la minoría de las naciones civilizadas. Por lo tanto, debe ser recomendada á los Gobiernos de todos los Estados que en ella tienen interés, á fin de que sea organizada y autorizada por medio de un convenio internacional, para que en lo sucesivo se emplee un mismo y único sistema de longitud en todas las efemérides astronómicas y náuticas, en todos los institutos y oficinas geodésicas y topográficas, así como en los mapas y cartas hidrográficas.

II. La conferencia propone á los Gobiernos que elijan por meridiano inicial el de Greenwich, definido por medio de los postes del instrumento meridiano del observatorio de Greenwich; porque este meridiano, como punto de partida de las longitudes, llena todas las condiciones requeridas por la ciencia, y porque siendo ya el más difundido de todos, ofrece mayores probabilidades de ser aceptado por la generalidad.

III. Conviene contar las longitudes tomando como punto de partida el meridiano de Greenwich en la única dirección del Oeste al Este de 0° á 360° , ó de 0 horas á 24 horas. Los meridianos sobre los mapas, y las longitudes de los registros, deberían señalarse donde quiera por horas y minutos de tiempo, concediendo la facultad de añadir los grados correspondientes.

IV. La conferencia reconoce en lo tocante á ciertas necesidades científicas y para el servicio interior de las grandes administraciones, de las vías de comunicación, tales como los caminos de hierro, las líneas de buques de vapor, los telégrafos y correos, la utilidad de adoptar una hora universal, junto á las horas locales ó nacionales, que necesariamente continuarán empleándose en lo tocante á la vida civil.

V. La conferencia recomienda como punto de partida para la hora universal y las fechas cosmopolitas, el medio día medio de Greenwich, que coincide con el instante de media noche, ó con el principio del día civil, bajo el meridiano situado á 12 horas, ó á 180° de Greenwich.

Resulta, por lo tanto, que el tiempo universal corresponderá en todas partes al tiempo medio local, contando desde media noche, disminuido en 12 horas y de la longitud del recinto, y que las fechas cambian para los antípodas de Greenwich.

Conviene contar las horas universales de 0 horas á 24 horas.

VI. Es de desear que los Estados, que para conformarse con la unificación de las longitudes y de las horas, deban cambiar de meridiano, planteen el nuevo sistema de longitudes lo antes posible en las efemérides y los almanaques oficiales, en sus trabajos geodésicos, topográficos é hidrográficos y en los nuevos mapas. Como medio de transición, conviene que en las nuevas ediciones de los antiguos mapas, cuyos cuadros sería difícil variar, se inscriba, por lo menos, junto á la numeración de los antiguos meridianos, su expresión, según el nuevo sistema.

Finalmente, importa que el nuevo sistema se introduzca sin tardanza en la enseñanza.

VII. Estas resoluciones se pondrán en conocimiento de los Gobiernos, y se recomendarán á su benévola consideración, manifestándoles el deseo de que se ajuste un convenio internacional lo antes posible por medio de una conferencia especial que ratifique la unidad de las longitudes y de las horas.

Estas resoluciones, encaminadas á la adopción del meridiano inglés, han suscitado, como era natural, cierta oposición por parte de Francia, haciéndose eco de ella gran número de sus oradores. El mismo M. de Lesseps juzgó la cuestión, diciéndolo al Congreso de Douai (Agosto de 1881) que era ociosa, reclamada tan sólo por algunos geógrafos, y que hacía presentir que no produciría ningún resultado.

M. Barbier, presidente de la Sociedad Geográfica del Este (Nancy), juzga nada razonable esta especie de desdén por parte de un hombre que tanto ha trabajado en otros asuntos de progreso. Pero M. Julio Girard, que á todo trance quiere el meridiano de París, declara que « si se reúne un Congreso con la opinión preconcebida de hacer que se acepte dicho meridiano, que nos haría abandonar el nuestro, la línea de conducta debe estar absolutamente trazada: ¡Francia no debe hacerse representar en él! »

Bajo estos auspicios, no habría ya posibilidad de

que se reuniese un Congreso. Esto revela un amor propio nacional exagerado y un tantico egoísta; porque si Francia tuvo el honor de dar al mundo el sistema métrico, ¿por qué no había de consentir á otra nación el de ordenar el sistema horario universal?

Y si se quiere descartar la solución de un meridiano nacional, ¿por qué no proponer un meridiano neutral, como la mayor parte lo están pidiendo?

¿Por qué, por ejemplo, no reivindicar los derechos del meridiano real ó convencional de la isla de Hierro? Este meridiano tendría, además de la ventaja de ser neutral, la de hacer que se volviese á una antigua práctica; además, es el que mejor fija los dos hemisferios, el oriental y occidental, y la separación del antiguo y del nuevo mundo; en la geografía se hace por el plan de este meridiano la división de los hemisferios en el mapamundi. No son estos argumentos merecedores de desdén, por lo que respecta á la enseñanza popular, que no gusta de complicaciones.

Puesto caso que el Congreso geodésico de Roma ha manifestado deseos de que su nuevo sistema se introduzca sin demora en la enseñanza, no llevará á mal que antes examinemos algunas de sus resoluciones.

El Congreso ha establecido la oportunidad de la unificación de las longitudes y de las horas. Ha dado por sentado que se contarían las longitudes en la única dirección del Oeste al Este, y de 0° á 360° , ó de 0 horas á 24 horas, y que los meridianos de los mapas deberían ser señalados donde quiera en horas y minutos, etc.

En esto nada vemos nosotros que no sea muy aceptable en el terreno práctico; no obstante, no nos parece exenta de inconvenientes la elección del meridiano de Greenwich.

En efecto, este meridiano corta desagradablemente los continentes de Europa y de África, divide la Francia, Inglaterra, España y África occidental en dos partes desiguales. Pues bien, si se admite la adopción de 360 meridianos « en la única dirección de Oeste á Este, » se seguirá de aquí que los pueblos y departamentos franceses, situados al Este de Greenwich, desde el Sena inferior hasta los Vosgos, verán sus meridianos con la numeración de 0, 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7, al paso que los departamentos del Oeste, desde el Finisterre hasta Calvados, tendrán los meridianos con esta numeración 356, 357, 358, 359 y 360.

Y si se admite igualmente la serie de las horas de 0 á 24 en el mismo sentido, las dos porciones de Francia estarán simultáneamente, la del Oeste en la 24 hora cosmopolita, al paso que la del Este estará en la primera hora.

No intentamos espantar á los sabios llamando su atención acerca de este baturrillo, por más que lo consideren tal vez como cosa pueril; pero, ¿quedará el público igualmente satisfecho con este arreglo y se amoldarán fácilmente á él las escuelas?

¿Por qué estas dos clases de departamentos, y por qué estas diferencias para las dos partes de un mismo país, cuando tan fácil hubiera sido evitarlas, tomando por punto de partida la isla de Hierro?

Y aun adoptando el meridiano de Greenwich, y el de París como inicial, ¿no podría empezar la serie de los meridianos y de las horas en los antípodas de estos países, puesto que se coloca allí el momento de media noche y el principio del día cosmopolita? De esta manera se realizaría la interrupción de la serie, no ya en nuestros países habitados, sino en el Océano Pacífico, donde aquélla no molestaría á nadie y donde hacen ya los marinos el « salto del día. »

Esta disposición, como lo hemos dicho ya en otra parte, daría por resultado el conservar una numeración no interrumpida en lo tocante á los países más civilizados, por hallarse en América los guarismos inferiores (próximamente) de 0 á 170 y continuando de 170 á 360 al través de la Europa y el Asia.

De esta suerte se encontraría el territorio de cada Estado limitado por dos grados, cuyo número más bajo estaría en el Oeste y el más elevado en el Este. La posición de Francia, por ejemplo, se establecería (aproximadamente) por los meridianos 175 al Oeste y 187 al Este, como resultaría del sistema propuesto por el Congreso.

La relación entre las horas de los diferentes países se simplificaría de análoga manera, porque el tiempo universal correspondería en todas partes al tiempo local, sin tener necesidad de la disminución de doce horas, ó de la longitud del sitio, como lo exigiría el proyecto de la Conferencia.

En resumidas cuentas; bien se adopte el meridiano neutral de la isla de Hierro, bien el de París ó el de Greenwich, siempre, á nuestro juicio, resultaría la ventaja en colocar el punto de partida de las longitudes y de las horas en los antípodas del meridiano adoptado en estas regiones inhabitadas,

donde deberá empezar la hora universal propuesta.

Las simplificaciones que de ello resultasen, facilitarían los cálculos y popularizarían más el nuevo sistema, particularmente en las escuelas.

Esto deberá resolverlo el Congreso de Washington, y cualquiera que sea el meridiano que se adopte, la cuestión, al parecer, deberá en breve dar un paso importante, si no de hecho decisivo.

F. ALEXIS M. G.¹

LOS MONTGOLFIER

DESCUBRIMIENTO DE LOS GLOBOS AEREOSTÁTICOS

(Conclusión.)

Pero en Vidalón manifestábase, con harto furor, su afición al progreso de las artes útiles. Salía incesantemente de los caminos trillados, á lo cual debía encontrar en su padre formal oposición. Pedro Montgolfier, prudentemente económico, no consentía ensayos dispendiosos, porque profesaba especial predilección á los métodos sancionados por la experiencia, y José prescindía de ellos incesantemente.

Consecuencia de esto fué el que padre é hijo se separasen amistosamente.

Antes de establecerse los Montgolfier en Vidalón-les-Annonay, al llegar de Auvergne, habían fundado, en las inmediaciones de Beaujeu, una primera fábrica de papel. Y otra sucursal de la misma, la de Toirón, fué desde luego muy hábilmente dirigida por José en unión de su hermano Agustín. No obstante, su genio innovador por una parte, y por otra su excesiva confianza, debían, al cabo de algunos años, producir un extraño suceso, que no nos permiten poner en duda testigos fehacientes.

Un tal Chaudarty, deudor de mala fe, llevó á su colmo la inalterable bondad de José. El cual, al cabo, perdió la calma y se vio en la necesidad de recurrir á la justicia; pero el mal pagador, con rara habilidad, embrolla de tal modo el negocio, que se convierte en demandante, extravía á los jueces y hace condenar á su honrado acreedor, el cual se ve encerrado en las prisiones de Lyon.

Este golpe inesperado conmueve á toda la familia. Pedro Montgolfier indignase hasta el último extremo; Juan Pedro y Agustín se apesadumbran por haber consentido que su hermano José se dirigiese solo á Vairón mientras que este último se fijaba en Rives; Esteban, su gran admirador, el sacerdote Alejandro y otros muchos trabajaban activamente en favor de su inocente hermano. Por lo que respecta á José, desembarazado como se encuentra de la baraunda de los negocios, piensa tranquilamente en sus inventos. Sus forzadas vacaciones permitenle meditar á sus anchuras; y él podrá concebir allí su gran teoría de las aplicaciones del agua y del fuego, fuerzas que tan lejos estaban de producir todas las consecuencias que de ellas debían sacarse. Él entrevé su ariete hidráulico y su pyroariete y el polytype, por medio del vacío, que, por consiguiente, debe emplear para la destilación y la disecación.

¿Cómo la permanencia en la cárcel no había de favorecer á un inventor á quien tanto gustaba el verse obligado á tener paciencia? A la inversa del común de los hombres, José se encontraba en sus glorias, por ejemplo, cuando esperaba en una antecámara, en un patio ó á la puerta de una casa. «Entonces, solía decir, es cuando se medita con más provecho.» Así, pues, creyendo cierto día esperar la apertura de una sesión del Instituto, sentóse distraído cerca del Louvre, y olvidado allí de sí mismo, durante medio día, completó, por medio de nuevas mejoras, el invento de su maravilloso ariete-hidráulico. ¡El recuerdo de su encarcelamiento nada de enojoso tenía para él! «¡Ah, cuán bien se había aprovechado de él!» Por otra parte, consideraba la adversidad con la más absoluta indiferencia.

No obstante, no le había sido difícil á su familia el restablecer la verdad del hecho. Era demasiado fragante la injusticia para que José no fuese puesto en libertad, con una indemnización que, en resumidas cuentas, arruinó completamente á su astuto deudor. Los daños y perjuicios que éste tuvo que satisfacer al inocente José, formaban una modesta fortuna, de la cual reservó tan sólo el usufructo, dando la nueva propiedad al hospicio de Annonay; pero apenas hubo terminado este negocio, cuando recibió la visita de la mujer del harto listo Chaudarty, de quien no había tenido más noticias, la cual le suplicó que se compadeciese de sus hijos.

—Indudablemente, toda la culpa es de mi marido; pero ninguna tienen estas dos pobres criaturas: ¿las dejaréis morir de hambre en un rincón? ¡Imploro perdón y misericordia, mi buen señor Montgolfier!

¹ Revue des Questions Scientifiques.

Enternecido por las lágrimas de aquella desdichada mujer, madre de familia, respóndele José con una sonrisa inefable:

—Pues bien; pedid á Dios que me conserve, porque el capital ya no me pertenece; pero el usufructo será para vuestros hijos.

Y diciendo y haciendo, se priva de esta manera definitivamente del producto de aquel pequeño capital en favor de aquellos cuyo padre había hecho que se le encerrase en una cárcel. El nada dijo de esto, pero todo el mundo lo supo; y por la noche, después de cenar con la familia, su prima Teresa, con irresistible entusiasmo, sacó la conversación de este hecho.

Ella prometía pensar por dos; José estaba entusiasmado.

—¡Bien merecías tú ser el elegido! —le dijo Esteban, que desde aquel instante convirtiéndose en su confidente científico y en su principal colaborador.

Muy instruido, penetrado en los principios de la escuela, menos fogoso, muy ingenioso al mismo tiempo, y muy idóneo para secundarle, aportóle Esteban su caudal de ideas; por lo tanto, fué ya en adelante muy difícil el distinguir lo que pertenecía al ingenio del uno ó del otro de ambos hermanos, por lo menos en lo que atañe á la aereostática.

Cuando se celebró el matrimonio de José con Teresa Filhol, en el ángulo más retirado de la iglesia oraban fervorosamente por su dicha una mujer, viuda ya indudablemente, y sus dos tiernos hijos:

—¡Vivid y morid por ellos! —decía aquella mujer.

Pues bien, aquella orden maternal, aquel sagrado voto, debía providencialmente cumplirse.

Su hija Ernestina, después de haberle cerrado los ojos, fué durante una grave enfermedad el vigilante guarda de la señora Montgolfier, que le fué deudora de la vida, y algunos años después, habiéndose desarrollado en el país una epidemia de calenturas malignas, sucumbió asistiendo á otros miembros de la familia.

Y de la misma manera, durante el sitio de Lyon, su hijo Andrés, secundando á José, que protegía la fuga de un proscrito, se hizo matar heroicamente para asegurar el buen éxito de esta generosa acción.

Doce años después de su matrimonio, en Noviembre de 1782, hallándose José en Avignon, acaba de leer el relato del ataque de Gibraltar por las tropas franco-españolas. Ni por tierra ni por mar habían conseguido nada. Fijos los ojos en un dibujo que representaba los trabajos del sitio, exclamó como Dédalo:

—Aun queda el camino del aire! Allí no se necesitan fortificaciones. Se descuelga uno de las montañas, y baja á la ciudad.

Con los pies sobre el morillo de la chimenea, habíase entregado á profundas meditaciones: tal vez tendría ó no noticia del terminante decreto dictado por el astrónomo, el francés del Alande (más generalmente conocido por el nombre de Lalande), quien en el *Diario de París* del 23 de Mayo del mismo año 1782, pronunció en estos términos: «Es imposible en todos conceptos que un hombre pueda elevarse ni aun sostenerse en el aire.»

Lo que es menos probable, ¿había acaso leído la extensa carta sobre el mismo asunto, acribillada de notas históricas falsas, que el célebre astrónomo publicó en el *Diario de los Sabios* del mes de Junio, para ridiculizar á Blanchard, que proyectaba la construcción de una máquina voladora? — ¡Oh! por aquel tiempo no se pensaba en París en otra cosa que en la aereonáutica, y Lalande, el práctico más hábil de lo que se llama el *reclamo*, personaje intrigante y revoltoso, muy hábil en el arte de darse importancia, tremolaba calurosamente la bandera de la negativa. La coincidencia es tanto más notable, cuanto que debía llegar y llegó al último extremo de la ridiculez.

Después de haber meditado bastante junto á la chimenea, pidió José á la dueña de la casa tafetán, tijeras, hilo y agujas, y se puso á cortar una especie de dado paralelepípedo de tela, que la complaciente señora le ayudó á coser por cinco lados.

Debajo del sexto, que había quedado vacío, quemó José un montón de papeles; ¿fué acaso el periódico que refería el ataque de Gibraltar del 3 de Setiembre el condenado á ser auto de fe en esta ocasión?

No lo dice la historia, pero afirma la gran sorpresa del ama de la casa, al ver el cubo de tafetán elevarse y descender.

«Si el humo se eleva en la chimenea, había dicho José consigo mismo, ¿por qué no se ha de reconcentrar este humo de manera que componga una fuerza disponible!»

Tal es el origen auténtico del descubrimiento; el cual ha sido afirmado particularmente por el hijo mayor de Bescherelle, pero expresamente aparece

de lo que José había referido personalmente á su amigo el baron de Gerando. El descubrimiento de que se trata no se opone, sin embargo, á la leyenda del zagalejo ó de la carisa, que, puestos á secar sobre un cesto de mimbre, elevóse por los vientos á impulsos del aire caliente, ni á la del saco de papel, que, colocado á manera de tapadera sobre una cafetera, habría hecho también su pequeña ascensión. ¡Oh! cuando se hacen las cosas y se hacen bien, nunca faltan anécdotas de este jaez, y nunca faltan tampoco manos torpes para escribir lo que se escribía de los hermanos Montgolfier, que su invento era sólo debido á la casualidad.

Durante largas series de siglos ve el vulgo y sigue adelante inadvertido. Llega un día en que el genio se detiene, observa, penetra, decide y la humanidad alcanza una conquista. No fué indudablemente la casualidad la que construyó el primer globo.

Desde el año 1777, por otra parte, establecido Esteban definitivamente en París, donde había estudiado arquitectura en la escuela de Soufflot, hallábase en comunicación de ideas con su hermano José. Trepano cierto día por la costa de Serrieres, el aspecto de las nubes indújole á pensar consigo mismo que si se encerraba en una envoltura un gas más ligero que el aire, se podrían levantar asimismo fardos, y por consiguiente, hombres también. El primer experimento decisivo, no es ciertamente otro que el de Avignon, como lo afirma una carta de José, leída en el Instituto en 1807, con motivo de su nombramiento de miembro de la Academia de las Ciencias. En aquella ocasión escribía á Esteban:

«Prepara inmediatamente provisiones de tafetán y de cuerdas, y verás una de las cosas más admirables del mundo.

La memoria leída por el secretario general de Ormesson en la Academia de Ciencias, en 1783, dice textualmente, que: «habiéndose asegurado los dos hermanos por medio de una experiencia muy sencilla de que un calor de 70° bastaba para rarificar el aire en una mitad, en una vasija cerrada, pronto concibieron la esperanza de llegar por este medio á la realización de sus miras.

Por otra parte, el inmortal Lavoisier escribió, según Condorcet, secretario de la comisión de la Academia de Ciencias, lo que sigue: «parece que el punto de vista bajo el cual consideraron el gran problema de elevar los cuerpos por el aire, fué el de las nubes, de esas grandes masas de agua que, por causas que no hemos podido penetrar todavía, consiguen elevarse y flotar por el aire y á considerables alturas.»

Los dos hermanos habían hecho sus ensayos desde luego con el vapor de agua, pero las envolturas se humedecieron, haciéndose pesadas.

Tiempo andando, y ya en esta senda, con la lectura de la obra *De las diferentes clases de aire*, escrita por el gran físico inglés Priesley, á quien ya en 1784 se debió el descubrimiento del oxígeno, y considerando que *el aire inflamable*, como se llamó desde luego al hidrógeno, es mucho más ligero que el atmosférico, trataron de aprovecharse de él, pero el experimento se hizo de una manera incompleta, el gas sutil atravesó el tejido de las envolturas demasiado permeables, y desalentados los colaboradores por la dificultad de producir aire inflamable, fijaron su mente en la electricidad.

BIBLIOGRAFÍA

La Atlántida de Verdaguer ha tenido un digno intérprete en el Sr. D. Francisco Díaz Carmona, que la ha traducido al castellano en hermosísimos versos, no inferiores á los del célebre poeta catalán.

Por lo que realza la modestia de éste y encarece el mérito de la traducción, vamos á copiar aquí dos párrafos de la carta que el vate catalán ha escrito al vate castellano, dándole gracias por su trabajo.

«La traducción que usted ha hecho de mi afortunado poema, por lo que á mí se me alcanza, es preciosa. Usted, al verter mis rudas y algo selváticas estrofas, ha sabido poner en boca de mis héroes versos que no desdeñaran Garcilaso y Herrera; y guardando la debida fidelidad en el traslado del concepto, para que no se le pudiese aplicar el consabido proverbio italiano, ha sabido usar de una discreta libertad, dando á sus versos un colorido natural y un movimiento espontáneo, que más yo no pudiera desear. Diríase además, que usted como hijo de la oriental Granada, en cuya hermosa vega plúgome colocar el episodio final de mi poema, ha cubierto los desnudos y musculosos hombros de mis Titanes, con el rico velo de su rica y exuberante fantasía. Crea usted, mi buen amigo, que al pasar mi obra de un idioma á otro, ha ganado en belleza

en algunos pasajes, como fuente enriquecida con nuevos é inesperados caudales, y por lo que toca á su material estructura, la misma variedad de metros que usted emplea se aviene mucho mejor á los varios tonos de mi composición que no al machacón alejandrino á que yo me ceñí, como obligado por imperiosa necesidad; pues en tal metro había yo vaciado, allá en mis primeras mocedades, la leyenda que fué como el embrión, y quizás mejor, el sumario de mi poema.»

Las anteriores frases deberían bastar para elogio de la traducción del Sr. Díaz Carmona; sin embargo, añadiremos, que al leerla hemos hallado en ella bellezas de primer orden, y tal armonía, variedad y riqueza en los versos, que á pesar del carácter severo, nervioso y á veces hasta férreo, por decirlo así de *La Atlántida*, resulta en la traducción de fácil y grata lectura y en muchos pasajes tan pegajosos los versos, que sin esfuerzo pueden retenerse en la memoria. Los lectores de LA ILUSTRACIÓN han visto una muestra en el *Sueño de Isabel*. El Sr. Díaz Carmona ha puesto al frente de su preciosa traducción un estudio sobre el poema, digno de su talento, de su erudición y de su buen gusto literario.

Reciban á la vez los Sres. Verdaguer y Díaz Carmona nuestra enhorabuena por la traducción de *La Atlántida*, pues si el traductor se ha labrado con ella una corona, el autor ha visto reverdecir en ella los lauros de su bien ganada reputación.

Escritas las precedentes líneas, recibimos con una atenta dedicatoria del autor un ejemplar de la traducción francesa, hecha por Mr. Alberto Savine, y precedida de un extenso y erudito discurso sobre «el renacimiento de la poesía catalana.» Ambos trabajos son notables, y el Sr. Verdaguer puede estar satisfecho de haber encontrado en la lengua de Fenelón un digno intérprete y un comentador erudito.

La preciosa obra de Savine forma un elegante volumen en 8.º francés, de 450 páginas, impreso en París, y se vende á 4 pesetas.

El Trovador Mallorquín se titula un tomo de poesías escritas en mallorquín literario y acompañadas de versión castellana, que acaba de publicar el Sr. D. José Toronji, doctor en Sagrada Teología y Canónigo de la insigne iglesia del Sacro-Monte de Granada. Hemos leído el libro, y sin que la amistad nueva nuestra pluma, pues no tenemos el honor de conocer al autor, confesamos que es un verdadero poeta, de dulce y melancólica inspiración, de fantasía ardiente y creadora, de rico y animado lenguaje, y tan cristiano como puede serlo un buen Sacerdote, y tan patriota como lo son los que hablan el catalán ó lemosín.

Las poesías son líricas, lo cual puede influir en que el poeta exagere un poco el sentimiento de su corazón inflamado en el amor de la religión y de la patria; sin embargo, los hijos de las Baleares participan mucho del carácter de los orientales, y por eso no es de extrañar que el Sr. Toronji prodigue en sus versos las galas y metáforas de un lirismo exuberante. Todas estas poesías participan de un fondo de melancolía que las hace más atractivas é interesantes, desbordándose este sentimiento al recuerdo de la patria ausente, de la religión combatida y de la sociedad perturbada por el espíritu moderno. Repetimos que el Sr. Toronji es un verdadero poeta, que honra el habla lemosina y puede inscribir su nombre con gloria en el Parnaso español. No conocemos sus poesías castellanas; pero desde luego, juzgando por las lemosinas, nos atrevemos á decir que si en la forma tienen alguna incorrección, por no ser el castellano su lengua nativa, en el fondo, en lo que vale más, en el sentimiento y en la inspiración, serán indudablemente dignas de igual alabanza.

La importantísima biblioteca barcelonesa intitulada «La Verdadera ciencia española,» acaba de publicar en tres volúmenes la célebre obra de Fray Juan Interian de Ayala, *El Pintor Cristiano*, libro que se iba haciendo escaso y que merece consultarse siempre por los artistas, por los principios invariables que encierra respecto á la iconografía cristiana.

Cuando en España había caído en olvido, en Francia, un iconógrafo tan erudito como el conde de Grimotard de Saint-Laurent la cita á cada paso en su *Guide de l'art chrétien*, demostrando que aprecian más los extraños nuestras obras antiguas que nosotros, hijos desnaturalizados de padres nobles y cristianos, que tan rico patrimonio nos lega-

ron, á costa de impropio trabajo y de sacrificios incomparables.

Sabido es que los tomos de esta biblioteca cuestan 5 reales en rústica y 6 en media holandesa.

LA RAMA DE CORAL

NOVELA HISTÓRICA DE ENRIQUE DE CAUVAIN

XVI

Pasó un año. Al cabo de este largo espacio de tiempo, no había sucedido ningún cambio importante en la existencia de nuestros personajes.

El anciano Hervión Lefloch estaba siempre firme en su idea. Prohibía á su hija que viese á Joël y no recibía sino muy rara vez á los pescadores del pueblo, temiendo sus reconvenciones. Sin embargo, pensando con razón que nada obtendría de María Ana por la fuerza, había aconsejado á Marguen-Lo el quedarse prudentemente en su casa, no insistir en hacer á la joven una corte inútil y esperar que el tiempo modificase sus sentimientos.

— Es una tontilla, decía él alzando los hombros con mal humor. No comprende todavía la vida.

Este año, tan triste para ella, había impreso su doloroso sello sobre la frente de María Ana. Estaba muy pálida. Sus ojos habían perdido su brillo; su boca, su sonrisa. La melancolía esparcida como un trasparente sobre sus demacradas mejillas, el cansancio de sus manos enflaquecidas, los sombríos colores de sus vestidos, decían suficientemente cuáles eran sus sufrimientos. A esta edad el dolor hace grandes estragos. Sus golpes son imprevistos, el alma tan tierna aún y tan sensible no está preparada para recibirlos. Por eso dejan en el corazón trazas profundas y siempre sangrientas para toda la vida. Esta virginidad de la felicidad, perdida una vez, no se vuelve á encontrar, y cualesquiera quesean las alegrías que nos reserva el porvenir, no pueden jamás hacernos olvidar nuestro primer dolor, cruel herida que nada cicatriza.

En los primeros meses que siguieron á la escena que hemos narrado más arriba, María Ana se había esforzado, por todos los medios que le sugería su prudencia ordinaria, en hacer que el anciano desistiera de la opinión desfavorable que había formado de Joël. Le había hablado con admiración del hermoso descubrimiento del joven pescador. Pero, con gran sorpresa suya, el anciano piloto había tratado esta noticia de mentirosa y había rehusado absolutamente creer en ella. Cuando su hija insistía sobre este asunto:

— Te digo que te ha engañado, decía con tono de mal humor. Te ha hecho pasar detrás de una roca, te ha enseñado la plena mar y te ha dicho: ¡He descubierto un canal! Pero á mí no me harás nunca creer esto, ¡á un viejo lobo de mar! Si verdaderamente existiese un paso para los grandes navíos en el Campo de Piedras, se hubiera encontrado ya. Además, ¿por qué, si su descubrimiento es real, no se lo ha dicho á nadie? Es claro que se teme que se burlen de él.

Esta era la invariable respuesta del obstinado anciano. María Ana renunció muy pronto á hablarle de este asunto, que más que todos los demás, parecía irritar á Hervión Lefloch.

Único, entre nuestros tres principales personajes, Joël había conservado toda su sangre fría y toda su serenidad. Su naturaleza era paciente y los desengaños no lo podían abatir. Penetrado de una firme confianza en la Providencia, no dudaba que Dios santificaría su amor, cuando pasase el tiempo de la prueba. ¡Había esperado tres años antes de encontrar el canal! Para obtener la mano de María Ana, se sentía con valor para esperar más aún. Su impasibilidad irritaba al anciano Hervión, que hubiera deseado vivamente tener con él una explicación decisiva, en la que hubiera podido dar libre curso á la cólera que gruñía sordamente en el fondo de su corazón, y declarar muy francamente al joven pescador que sus esperanzas eran vanas.

Pero Joël tuvo gran cuidado de evitar todo lo que hubiera podido dar pretexto á una ruptura violenta.

Aprovechaba, sin embargo, con mucha prudencia las ocasiones que le presentaba la casualidad para asegurar á María Ana la constancia de sus sentimientos, para afirmar el valor de la pobre niña y alentar sus esperanzas. Se servía para esto del joven Ives, que era muy adicto á su joven ama.

Cuando la encontraba sola, por casualidad, cambiaban algunas rápidas palabras, como las que referíamos al principio de esta relación.

— Le has hablado sobre esto?

— Ayer.

— ¿Y es siempre el mismo?

— Siempre.

Y seguían su camino.

Como el Sr. Hervión lo había hecho reparar á María Ana, Joël no dió parte á nadie de su gran descubrimiento. Es fácil de comprender el motivo de este silencio: Joël temía encontrar entre los pescadores, sus camaradas, un poco de incredulidad, tal vez celos. Quería inaugurar el paso del Campo de Piedras con una brillantez que á la vez desafiara á los envidiosos y á las gentes de mala fe. Quería anunciar el magnífico resultado de sus laboriosas pesquisas al estruendo de la tempestad, al fulgor de los relámpagos, en medio de las furiosas olas.

Sabía muy bien que súbitamente cambiaría su situación, que vendría á ser repentinamente el héroe de la aldea; y esperaba que arrastrado por el entusiasmo general, el viejo Lefloch se ablandaría al fin y le concedería lo que más deseaba, otorgándole la mano de María Ana.

Desgraciadamente para el joven pescador, durante todo este año, la tempestad mostró una clemencia extraordinaria y no apareció en alta mar ni un solo buque necesitado de auxilio.

XVII

Entretanto la salud del anciano Lefloch se debilitaba por momentos; todos los días disminuían su fuerza. No se movía ya de su sillón, que lo había hecho poner en una de las habitaciones del primer piso, de donde veía toda la bahía y vigilaba, con su infatigable mirada, la cabaña de Joël y sus alrededores. Su desconfianza aumentaba á medida que la edad iba pesando sobre él, y su gran obstinación no se doblegaba ante la amenaza de un próximo fin.

María Ana estaba traspasada de pena al pensar que tenía que esperar la muerte de su padre para ser la mujer de Joël. Preveía que tal vez podría llegar un momento terrible, que ya para morir el viejo piloto la exigiese, bajo pena de maldición, cumplir su última voluntad casándose con Marguen-Lo.

Mientras tanto, recibió el antiguo piloto de la *Bella-Amelia* una carta de Négastel, en la que le decían que á su hermana hacía tres días le había dado un ataque y que se encontraba en los últimos momentos. Se le pedía que viniese á recoger su último suspiro y cerrarle los ojos.

Esta noticia le causó mucha impresión al anciano. Fué como un doble que resonó á su oído, una lúgubre advertencia que le daba la muerte. Llamó á María Ana, que notó con espanto la alteración de las facciones del anciano, le dió la carta y le dijo:

— Es preciso que vayas á Négastel á casa de tu pobre tía, hija mía. Dile á Ives que vaya á decirle á Pioux que quiero hablarle.

Diez minutos después, entraba el piloto Pioux en el cuarto del anciano; éste hizo una seña á María Ana para que se retirase.

— Buenos días, señor Lefloch, dijo Pioux estrechando vigorosamente la mano de su amigo. ¡Me parece que estamos hoy mejor! — El buen hombre había reparado la palidez lívida de Hervión Lefloch; creyó poder con esta caritativa mentira disipar las fúnebres ideas que preocupaban al anciano.

Este sin embargo movió la cabeza con un aire que significaba: — Vuestros consuelos son inútiles; no me hago ilusión. Después comunicó á Pioux la triste noticia que le había traído el correo.

— ¡Este es el último golpe para mí! contestó con las lágrimas en los ojos.

Pero como si tuviese vergüenza de este momento de debilidad, volvió muy pronto á su fría impasibilidad. Sus espesas cejas se quedaron inmóviles, y enderezándose á medias en su sillón:

— Pioux, quiero pedirte un favor, dijo con aquella voz ruda que él tenía de costumbre. Es menester que María Ana vaya á Négastel. La acompañaréis, ¿no es así? No quiero que vaya sola, no vaya á decirle alguna tontería Marguen-Lo. No quiero tampoco que ella haga la travesía con otro que con vos. ¿Me entendéis, mi buen amigo? Sobre todo, ¡que nadie la acompañe!

Le repitió tres ó cuatro veces esta recomendación.

— Está dicho, señor Hervión, voy á preparar.

Llegaba al umbral de la puerta, cuando el anciano lo volvió á llamar.

— Otra cosa, Pioux, dijo el antiguo piloto mirando al cielo con inquietud á pesar de estar sumamente despejado. No sé por qué me parece que esta tarde va á llover. Sabes que yo huelo eso como un buen perro de caza huele al zorro.

El aire está pesado, los pájaros vuelan bajo. Pioux, os pido que paséis la noche en Négastel y que no volváis hasta mañana.

— Estad tranquilo, Hervión, respondió el piloto; ¡seré prudente!

María Ana llegó á Négastel á tiempo para recibir

la última bendición de su pobre tía y para cerrarle los ojos. Cumplido este piadoso deber, inquieta por su padre al que había dejado muy abatido, pidió á Pioux que la volviera á llevar sin tardanza á Plouisc.

El buen piloto hizo un gesto expresivo, y mostrándole con el dedo el horizonte que se cubría con un ligero vapor:

— ¡Hum! murmuró, no es muy prudente ponernos en camino con esa maldita niebla.

Hervión había predicho la lluvia para esta tarde y sabéis que lo entiende. ¿No podemos esperar hasta mañana, señorita?

— ¡Oh! No, dijo con viveza María Ana, partamos pronto. Estoy inquieta por mi padre. Vos mismo habréis notado la impresión que le ha hecho esta noticia. Quiero partir en seguida.

— Sin embargo, él no os espera esta tarde; no estará inquieto pensando que os habéis quedado aquí.

— Os lo suplico, Pioux, embarquémonos.

— Pero, ¿no puede usted tomar la diligencia?

— No; ha pasado la hora, no podemos tomarla hasta mañana... ¡Tal vez será muy tarde!

— Os comprendo, señorita María Ana, dijo Pioux moviendo la cabeza. Después de todo, replicó el viejo lobo de mar, llegaremos sin duda antes del mal tiempo, y después, usted no tiene miedo de un poco de mal tiempo, ¿no es verdad?... Ni yo tampoco.

Se embarcaron. Daban las cinco en el reloj de Négastel. Era la primavera; bastaban dos horas para hacer la travesía, y María Ana llegaría seguramente á Plouisc antes de la noche.

(Se continuará.)

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Nuevas aplicaciones de la electricidad. — Voy á terminar esta correspondencia dando cuenta de algunas aplicaciones, y sobre todo de una muy graciosa que acaba de hacerse de la electricidad, que ya puede decirse se aplica á todo.

En las últimas representaciones dadas en el teatro de la Opera del baile *La Farandole*, se imaginó poner en la cabeza de las bailarinas, pequeñas lámparas de incandescencia que, alimentadas en un momento dado por la corriente de unos pequeños acumuladores portátiles, irradian de luz la cara de dichas bailarinas, produciendo un efecto verdaderamente sorprendente. Este nuevo género de iluminación ha tenido un gran éxito.

De otra índole, aunque no menos interesante, es la aplicación de la electricidad al globo Tissandier, dotado de un motor eléctrico alimentado por una batería de 24 pilas al bicromato. El globo afecta la forma de un cigarro, y mide 28^m de largo por 9,20 de diámetro; su volumen es de 1.060 metros cúbicos.

El motor eléctrico puede marchar á cuatro velocidades distintas, desde 60 hasta 180 vueltas por minuto; y en el ensayo hecho, los aeronautas señores Tissandier pudieron convencerse de que podían alcanzar mayor velocidad que la del viento, resistirle y guiar el globo sin dificultad.

Otra aplicación interesante de la electricidad es el timón-motor-propulsor del Sr. Trouvé; cuyo objeto es transformar instantáneamente un bote cualquiera ordinario en embarcación eléctrica, por medio de un sistema electro-mecánico completamente amovible. Dicho inventor, ventajosamente conocido por sus trabajos sobre electricidad, ha propuesto varias soluciones para resolver el problema, adoptando en la última la fijación directa de la hélice al timón, y encima de éste coloca el sistema electro-mecánico.

No entro en detalles sobre el sistema, pues de poco servirían sin el auxilio de los dibujos necesarios, y me limito á decir que son ya muchas las embarcaciones que tienen el sistema Trouvé, del que habré ocasión de hablar en otras correspondencias.

(La Gaceta de la Industria)

Curación de la oftalmia. — Se aconseja, en los casos crónicos, el uso de un mucílago preparado en las proporciones siguientes:

Acido tánico.....	1 á 1 gramo.
Goma arábica pulverizada.....	1 á 2 —
Cocimiento de belladona.....	8 —

cuyo líquido se filtra al través de un lienzo fino, y se emplea en gotas, suspendiéndose inmediatamente su uso, si hay aumento de fotofobia y lagrimeo. Cuando hay úlceras en la córnea, no conviene usar colirios con base de plomo, porque producen manchas indelebiles.

TIPOGRAFÍA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.